

Cuentos de jóvenes para jóvenes

Cuentos ganadores del Quinto Concurso Infantil y Juvenil de Cuento





CONSEJO GENERAL DEL INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

Consejero presidente: GUSTAVO ANZALDO HERNÁNDEZ
Consejeros electorales: FERNANDO JOSÉ DÍAZ NARANJO
ÁNGEL RAFAEL DÍAZ ORTIZ
CARLA A. HUMPHREY JORDAN
YOLANDA C. LEÓN MANRÍQUEZ
NÉSTOR VARGAS SOLANO
BEATRIZ CLAUDIA ZAVALA PÉREZ

Secretario ejecutivo: BERNARDO VALLE MONROY

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Propietario: JUAN DUEÑAS MORALES
Suplente: ELSY LILIAN ROMERO CONTRERAS

PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

Propietario: MARCO ANTONIO MICHEL DÍAZ
Suplente: ENRIQUE ÁLVAREZ RAYA

PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Propietario: MIGUEL ÁNGEL VÁSQUEZ REYES
Suplente: JOSÉ ANTONIO ALEMÁN GARCÍA

PARTIDO DEL TRABAJO

Propietario: ERNESTO VILLARREAL CANTÚ
Suplente: ÓSCAR FRANCISCO CORONADO PASTRANA

PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO

Propietaria: ZULY FERIA VALENCIA
Suplente: SAMUEL RODRÍGUEZ TORRES

MOVIMIENTO CIUDADANO

Propietario: ÓSCAR OCTAVIO MOGUEL BALLADO
Suplente: HUGO MAURICIO CALDERÓN ARRIAGA

NUEVA ALIANZA

Propietaria: HERANDENY SÁNCHEZ SAUCEDO
Suplente: JORGE HERNÁNDEZ MORALES

DIPUTADOS INTEGRANTES DE LOS GRUPOS PARLAMENTARIOS CON REPRESENTACIÓN EN LA ASAMBLEA LEGISLATIVA DEL DISTRITO FEDERAL

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Propietario: MAURICIO TABE ECHARTEA
Suplente: FERNANDO RODRÍGUEZ DOVAL

PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

Propietario: EMILIANO AGUILAR ESQUIVEL
Suplente: ALICIA VIRGINIA TÉLLEZ SÁNCHEZ

PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Propietario: ARMANDO JIMÉNEZ HERNÁNDEZ
Suplente: VÍCTOR HUGO ROMO GUERRA

PARTIDO DEL TRABAJO

Propietario: JOSÉ ALBERTO BENAVIDES CASTAÑEDA
Suplente: JUAN PABLO PÉREZ MEJÍA

PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO

Propietario: RAÚL ANTONIO NAVA VEGA
Suplente: NORBERTO ASCENCIO SOLÍS CRUZ

Cuentos de jóvenes para jóvenes

Cuentos ganadores del Quinto Concurso Infantil y Juvenil de Cuento



COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

DIRECTORIO

PRESIDENTA

Consejera electoral Carla A. Humphrey Jordan

INTEGRANTES

Consejero electoral Fernando José Díaz Naranjo

Consejero electoral Ángel Rafael Díaz Ortiz

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Partido Acción Nacional: Juan Dueñas Morales (propietario), Elsy Lilian Romero Contreras (suplente) • Partido Revolucionario Institucional: Marco Antonio Michel Díaz (propietario), Enrique Álvarez Raya (suplente) • Partido de la Revolución Democrática: Miguel Ángel Vásquez Reyes (propietario), José Antonio Alemán García (suplente) • Partido del Trabajo: Ernesto Villarreal Cantú (propietario), Óscar Francisco Coronado Pastrana (suplente) • Partido Verde Ecologista de México: Zuly Feria Valencia (propietaria), Samuel Rodríguez Torres (suplente) • Movimiento Ciudadano: Óscar Octavio Moguel Ballado (propietario), Hugo Mauricio Calderón Arriaga (suplente) • Nueva Alianza: Herandeny Sánchez Saucedo (propietaria), Jorge Hernández Morales (suplente).

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Raúl Ricardo Zúñiga Silva, director ejecutivo

Diseño y formación: Xavier Aguilar, jefe del Departamento de Diseño y Producción

Ilustración: Julio César González Castañeda

Autores: Mariana Lizbeth Calvario Solís, Juan Carlos Amaya Martínez,

Zaira Adriana González Valdez, Alberto Bautista Avendaño,

Carlos Ángel Zárate Flores y Jesús Fernando Ramírez Barrios.

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan

14386 México, D.F.

www.iedf.org.mx

Primera edición, diciembre de 2011

ISBN: 978-607-7989-12-7

Impreso y hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

ISBN para versión electrónica: 978-607-7989-36-3

Índice

Segunda categoría

(De 12 a 14 años)

LOS MONSTRUOS NO PUEDEN hacerte daño	7
La isla olvidada	25
Un paso en mi vida	43

Tercera categoría

(De 15 a 17 años)

La ciudad del horizonte	49
La ciudad de los pies descalzos	63
Mi presente	71

LOS MONSTRUOS NO PUEDEN HACERTE DAÑO

Mariana Lizbeth Calvario Solís

Segunda categoría, PRIMER LUGAR



Me levanté del escritorio para abrir la ventana. El aire fresco que entró a la habitación trajo consigo un olor como a barbacoa. Permanecí un rato observando la ciudad desde mi ventana en el quinto piso del edificio. Una nube de contaminación cubría el cielo y el sonido de las bocinas de los coches era agudo y constante. ¿Cuál sería la prisa de todas esas personas por avanzar? Me gustaba imaginar el tipo de vida que tendría la gente. El señor de traje en su coche, que nunca se despega del teléfono, la señora que va maquillándose en el carro en vez de ver hacia al frente, los microbuseros que van echando carreritas... en fin, podría pasarme imaginando todo el día, pero algo era seguro, nunca iba a saber realmente qué tipo de vida llevaban, ni siquiera se puede saber con certeza qué tipo de vida llevan las personas que sí se conoce.

Suspiré y volví a sentarme en frente de la computadora. Abrí la Internet y tecleé "Hotmail" en la barra de Google. Busqué el enlace correcto y le apachurré. En la primera página estaban como noticias principales el terremoto de Japón, la guerra contra los narcos y un *top ten* de los famosos mejor vestidos. La primera dosis de desastres y apenas es la una de la tarde del sábado. ¡Yupi! Revisé si no tenía ningún correo nuevo y me salí. "¿Y ahora?", me pregunté. Giré mi cabeza en dirección al mueble esquinero donde guardo mis juegos de computadora. No. No estaba de humor para eso.

Caminé hacia la mesa donde estaban mis cuadernos y tomé el primero que vi, busqué una hoja en blanco y me puse a hacer garabatos. Esto me dio suficiente para ponerme a pensar. ¿Qué pasaría en el futuro? Si diario en las noticias y por dondequiera que mirara había puras porquerías de guerras, desastres, muertes, balaceras... ¿Qué pasaría? Lo primero que pensé fue en todas esas cosas multiplicadas tantas veces como años quería avanzar en el tiempo. Y eso hice, avancé 30 años del 2011 al 2041. Claro, una vez que hube evadido el

supuesto “fin del mundo” en el 2012 seguí avanzando a un México del futuro.

El futuro no se veía, estaba oscuro, pero de pronto... Desperté...

Caí de golpe en una banqueta, no sé dónde. La calle estaba oscura, no había luces de casa prendidas, no había lámparas, no había coches, no había vida. Así en la noche, perdida y sin ver nada, nunca iba a poder regresar a mi casa, así que me levanté y sacudí mi pantalón.

Saqué el celular de la bolsa trasera de mi pantalón y lo desbloqué para poder poner la luz. Apenas se hubo prendido la pantalla, alguien me lo arrebató. Se escucharon risas alrededor mío.

—¿Qué es esto? —preguntó una voz femenina con tono burlón. Apuntó la luz hacia mí, y se acercó.— ¿Y tú quién eres? ¿Por qué estás en nuestro territorio? —Unos brazos me empujaron hacia adelante. Perdí el equilibrio y caí al suelo. Uno de los que me rodeaban puso algo detrás de mi cabeza.

—Si te mueves te mato.

Quería llorar, no me gustaba nada esto, ¿Cómo había llegado aquí en primer lugar? ¿Dónde era aquí?

—Te pregunté algo —insistió la voz femenina—. ¿Qué es esto?

—Un celular. —Respondí con la voz temblándome. Se escucharon murmullos.

—¿Cómo funciona, qué hace y cuánto vale? —No entendía nada, qué es un celular, nunca lo había pensado, cómo funciona...

—Sirve para llamar a otros celulares, no recuerdo cuánto cuesta y no sé cómo funciona. —Respondí rápidamente las preguntas, la voz se me cortaba, tenía un nudo en la garganta, quería correr, suplicar, quería regresar.

—Tú, Mechas, toma esto y ve cómo funciona —dijo otra vez la chica—. De paso ve cuánto podemos sacar con esa cosa. Y tú, niña, ¿qué más traes? —La forma en que preguntaba las cosas era tranquila pero hacía que

un escalofrío me recorriera. Tuve un primer impulso de moverme pero recordé que uno de ellos me apuntaba. No podía moverme. Pensé.

—Unos chicles, y como diez pesos en mi pantalón. —Esperaba no haber omitido nada. Ella se acercó.

—Párate —ordenó—. La cosa en mi cabeza se alejó momentáneamente para volver a su lugar una vez que me hube parado. Ella empezó a tantear en mis pantalones buscando.

—Mechas, ¿cuánto son diez pesos? —Preguntó abriendo la bolsa y metiendo su mano. Se escuchó cuando agarraba las monedas.

—Como una cobija más y tal vez 100 gramos más de “dulces” —dijo una voz masculina.

—¿Y qué es cliches? —siguió preguntando.

—Chicles —corregí impulsivamente. La cosa en mi cabeza me dio un leve empujón indicando que me callara.

No pos’ no sé —dijo “Mechas”; se escucharon más murmullos—. Pregúntale a la niña.

No necesité que me preguntaran.

—Es plástico con sabor, lo masticas para sacarle el sabor y luego lo tiras.

—¿Comida? —volvió a preguntar.

—Podría decirse. —Me detuve; ¿qué estaba haciendo? Mi voz sonaba más tranquila. No era lógico. Podía morir y ¿qué hacía? Preocuparme por explicarle que los chicles no eran comida.

—Bien, ya no tiene nada. Mátala. —Se escuchó un clic y yo me agaché instintivamente, el arma se disparó, pero no me dio a mí.

—¡Idiota! ¿No puedes tirarle bien?

—No quiero morir, por favor, no me maten. —Me puse a llorar, no me gustaba el futuro, era horrible, era asqueroso, era aterrador. Aún resonaba el disparo en mis oídos.

La voz que reconocí como “Mechas” se escuchó.

—Sabe de cosas, podría decirnos qué es y cómo sirve algo del material que tenemos. Y puede ser el cambio de Beta, ahora que el imbécil este le acaba de disparar.

—¿Cambio de Beta? –se oyeron varias voces desfasadas preguntando lo mismo.

—Niña, ¿vienes o mueres? –preguntó la chica dándome un empujón en la espalda con el arma.

—V... v... vo –no podía terminar la palabra, aún no digería el disparo y eso de “le acaba de disparar”. ¿Estaba muerto?

—Bien –se oyó otro disparo–. Esto por imbécil –dijo la chica, todos se rieron. Fue un alivio que no hubiera luces.

“Es sólo como en *Mentes criminales*, no es real.” Traté de convencerme para no pensar en que acababan de morir dos personas frente a mis narices.

—Mechas, vigílala. –Mechas me agarró del brazo y me arrastró. Traté de calcular cuántos individuos había en el grupo mientras caminaba. Llegué a la conclusión de que más de diez y menos de cuarenta. Al menos eso era lo menos amplio que tenía.

—Soy Kame, y él es Mechas, ya cuando lleguemos allá te diré los demás –dijo la chica. ¿Kame? Por lo visto todos tenían apodos.

—¿Quién eres? –Supuse que quería decir ¿cómo te llamas?

—Kath Elizabetta –respondí mientras pensaba en que me dolía mi brazo. Por lo visto íbamos a ir caminando hasta “allá”.

—¿La gata? –preguntó uno del grupo con acento raro.

—No, Kath. K-a-t-h –corregí como hacía en la vida cotidiana. Se oyeron más susurros.

—Complicado –fue lo único que dijo la chica–. Te llamas Gatita y te callas, ¿entendido? Y para de... –se quedó atorada buscando una palabra.

—Corregir –dijo Mechas. Dejé de escuchar, sumida en recuerdos de mi casa, de mis padres, del pasado. Pensé en que ya no era libre. Estaba atrapada con un grupo de extraños con armas, no podía huir porque no quería morir. Pero tampoco quería vivir en un estado de semisecuestro.

—Tú, Gatita, te pregunté algo –dice otra vez esa voz femenina a la que poco a poco me voy acostumbrando—. ¿Dónde conseguiste esto? –Me vuelve a apuntar con la luz del celular.

—Me lo compraron mis papás –respondí– creo que en Movistar.

—Mechas, traduce –dice Kame. No sé qué palabra de la oración le pareció desconocida. ¿Movistar?

—Ni idea –dice Mechass después de unos segundos–, ¿qué es Movistar?

—Una tienda donde venden celulares.

—¿Dónde está? –pregunta alguien detrás de mí.

—Em... pues hay varias en todas partes. Bueno, al menos por donde yo vivo.

—¿Dónde?

—En Coyoacán –respondo suponiendo que sigo en el Distrito Federal.

—¿Y eso dónde queda? –pregunta Mechass.

—Pues, em... no sé decirles. –Me quedé callada. ¿Cómo podía decirles, si no sabía dónde estaba? Podía estar en cualquier lado de la República mexicana. De pronto Mechass me soltó del brazo dejando que la sangre circulara, sentí las cosquillitas de mi brazo dormido.

—Llegamos aquí –dijo Kame. Pensé en mis adentros: “No, ¿en serio? Yo creí que habíamos llegado allá”.

La luz del interior lastimó mis ojos. Todo el camino hacia “aquí” había caminado a oscuras guiada por los jalones de Mechass. Era un edificio gastado. El interior parecía como un edificio en proceso de construcción (y tal vez lo era) y olía a cerveza, orina y humo de cigarro. Resistí el impulso de vomitar.

—¿Qué estás usando? –preguntó Kame observándome con disgusto, como si mi ropa fuera un asco. Temí que si respondía “ropa” creería que me burlaba de ella. Así que me fui al nombre de las prendas.

—Un pantalón de mezclilla, unas botas y una blusa. –Mechass se acercó a mi rostro (demasiado cerca para mi gusto).



—¿Qué tienes? —Señaló el lóbulo de la oreja. Me llevé la mano para tentar qué era lo que tenía. Aretes.

—Son unos aretes —respondí, cada vez sintiéndome más rara.

—Dame —dijo Kame extendiendo su mano. Exhalé. Me los quité con cuidado y los coloqué en su palma—. ¿Cuánto valen?

—Como veinte pesos —dije mientras intentaba contar a todos los que estaban en el lugar. Conté veintidós. Todos ocupados en diferentes cosas que no alcanzaba a ver.

—Mechas, ¿cuánto vale la cosa? —Supuse que se refería al celular.

—Nunca había visto una cosa así, debe valer muy bien. —No sabía qué hacer, sólo me quedé parada al lado de Kame y Mechas, esperando a que me dijeran que hiciera algo. Me sentía indefensa.

—Quítate eso, usa esto. —Kame me extendió una blusa sucia y roída, un pantalón gastado e igualmente roído y unas botas negras de hombre. Si su apariencia era asquerosa su olor decía quítate que ahí te voy, era más repugnante aún que el olor de la habitación. Miré a los lados buscando un cuarto para cambiarme, no pensaba quitarme la ropa en frente de ellos. Kame se detuvo al ver que no me movía.

—¿Qué? —preguntó algo desesperada—. Quítate y ponte no es difícil.

—No me puedo cambiar con todos aquí. —Respondí y sentí el calor en mis mejillas.

—Mechas. —Kame señaló una puerta. Mechas volvió a tomarme del brazo y me arrastró hasta ese cuarto.

—Cuarto de Beta, ahora es tuyo. —Cerró la puerta y cruzó los brazos esperando con su mirada fija en mí.— Cámbiate —dijo al fin hablándome como si fuera algo lenta.

—Me estás viendo. —Mechas se volteó disgustado y siguió esperando.

Al ver que no estaba dispuesto a irse me cambié lo más rápido que pude evitando quitarme la blusa. Y dejé mi ropa anterior en el piso.

—Ya. —Mechas volteó.

—Las botas. —dijo señalando mis pies.

—No me quedan.

Mechas alzó los ojos y se acercó. Tomó mi pie, casi tirándome y me arrebató la bota de la mano, hizo un fuerte nudo de forma que no se saliera y tomó mi otro pie. Empezó a hablar.

—Si quieres seguir con vida, deja de ser un estorbo. Aprende, o morirás pronto. No hables, respondas ni corrijas si Kame no lo pide. No hables con nadie que no sea Kame o yo. Si tratas de huir, te pego un tiro, si peleas con alguien te pego un tiro, si mientes, robas, escondes... te pego un tiro, si hablas cuando no se te pide o desobedeces Kame te pega un tiro, si me faltas al respeto o a Kame te pego un tiro. ¿Claro?

—Sí.

—Ven. —Me tomó del brazo de nuevo y me arrastró afuera del cuarto hacia una mesa llena de objetos.— Di qué es, para qué sirve, y cuánto vale.

Observé la mesa con detenimiento: un reloj roto, varios CD rayados, unos audífonos, un temporizador, una cosa para medir calorías, un silbato como el de mi maestro de educación física, un lápiz, varios cuadernos deshojados y con hojas amarillentas, un godete, una engrapadora, algo que parecía una memoria de *palm* o algo así, una calculadora, un par de películas VHS y muchos cables.

Mechas esperaba que dijera algo con impaciencia.

—Esto es un reloj, sirve para ver la hora, em... está descompuesto y roto así que como unos treinta pesos tal vez, porque se puede reparar. —Kame se acercó a la mesa, me arrebató el reloj de la mano. Lo observó y se lo pasó a una chica. Ella lo introdujo en una bolsa.

—Esto es una calculadora, es una forma fácil de sumar, restar... mira —me dirigí a Mechas, enseñándole los números en la pantalla—. Es como de diez pesos, pero sirve. —Mechas la tomó y la guardó en su bolsillo. Kame no dijo nada. Continué así con todos los objetos de la

mesa hasta terminar. La luz del día empezó a asomarse por la ventana. Todos se dispersaron hacia sus habitaciones. La mayoría compartía el cuarto con tres personas más. Excepto Kame que estaba sola y Mechas que compartía con Beta, y ahora iba a estar conmigo.

Aún no tenía sueño, no quería dormir, no quería estar ahí.

—Tú duermes ahí, en la cama de Beta. Recuerda, si tratas de escapar te pego un tiro. No molestes y duérmete. ¿Claro? —Suspiré y moví la cabeza diciendo que sí. Me daba asco acostarme en esa cama, me daba asco sentarme en el piso, pero no quería enojar a Mechas, así que volteeé el colchón y me acosté.

—Psst... —Observé a Mechas mientras el levantaba su almohada y dejaba al descubierto su mano apuntando la pistola en mi dirección. Volvió a bajar su almohada y se quedó observándome. Permanecí mirando el techo por un buen rato, supuse que Mechas ya estaría dormido así que traté de dormir también, pero era muy difícil si pensaba en que nunca más volvería a ver a mis padres, no volvería a ir a la escuela, ni a platicar con



mis amigos, que estaba en medio de un montón de extraños, que yo no sabía cómo defenderme. Me di cuenta de que estaba llorando luego de unos segundos. En la escuela nunca te preparaban para una cosa así, no te decían qué hacer si tenías una pistola apuntándote, no te enseñaban nada de esto. Y yo, yo no sabía qué hacer. ¿Cómo iba a saber algo que nunca me habían enseñado? Lo único que podía saber de este tipo de cosas era por medio de series, pero todos los delincuentes eran diferentes, al igual que sus reacciones. Entonces pensé en si sería lo suficientemente valiente como para decir todo a la policía si alguna vez salía de aquí, me pregunté si habría policías, me pregunté si serviría de algo que les dijera. Y lloré de desesperación por no poder hacer nada, lloré, claro, en silencio para no despertar a Mechas, pero deseaba gritar, necesitaba a mis padres diciéndome que todo iba a estar bien, como cuando tienes una pesadilla y te repiten una y otra vez que ellos te van a cuidar, que no te va a pasar nada, que sólo fue un sueño y el monstruo no puede dañarte, porque no existe. Pero, ¿qué podrían decir ahora? Si para empezar no estaban a mi lado, si esto era real y sí podía hacerme daño. Si había escuchado el disparo de una pistola justo encima de mi cabeza.

—¿Por qué lloras? —preguntó Mechas en un susurro levantándose de su colchón y acuclillándose a mi lado.

—No, nada —dije también en voz baja, respirando varias veces para tranquilizarme.

—Eso es esconder y mentir —dijo haciendo ademán de apuntar su pistola.

—No, espera, perdón. —Volvió a sostener la pistola encima de su pierna dejando de apuntar y siguió aguardando.

—¿Por qué llorabas? —Su voz se suavizó.

—Quiero ir a mi casa —dije tratando de contener las lágrimas que querían volver.

—Ésta es tu casa ahora, tú decidiste venir —dijo como si no comprendiera aún.

—No quiero morir, pero tampoco quiero quedarme —dije al fin cerrando los ojos, esperando a que disparara.

—Me llamo Alejo —dijo al cabo de unos minutos. Extendió la mano—. Kame no puede pronunciar la jota así que decidió ponerme Mechas. Yo llegué de la misma forma que tú, respondí lo mismo cuando me preguntó. Al principio es difícil, pero debes acostumbrarte. Créeme cuando te digo que no hay forma de salir, y no, yo no te voy a ayudar a escapar y no pienso dudar para dispararte. Vives aquí ahora, si no te gusta puedes pedirme que te dé un tiro, pero no sales con vida. ¿Claro?

Sé que es muy fácil maldecir al sujeto de la tele cuando no hace lo lógico, cuando no corre cuando debería, o cuando pierde las esperanzas, pero en ese momento sentí un nudo en el estómago. Algo me decía que Alejo no estaba mintiendo, una maldita vocecita me decía que desechara la posibilidad de volver a mi casa, que me rindiera y me uniera a ellos.

—¿Cuántos años tenías? —pregunté sin pensar.

—Dieciséis, ¿tú cuántos?

—Catorce —respondí fijando la vista en mis manos mientras tamborileaba con los dedos en mi pierna.

—Han pasado cinco años desde que me hizo esa pregunta. Y ya ni siquiera recuerdo cómo era mi antigua vida, no podría vivir de una forma diferente a esta. Nadie de los que están aquí cambiaría su vida, aprendes a disfrutar tarde o temprano.

Alejo se levantó y volvió a su colchón.

—Duérmete, mañana vas conmigo y otro tres a recoger cosas para vender.

—¿Para qué las venden? —Mi nivel de esperanza se estaba haciendo añicos. Si ésta iba a ser mi nueva vida, necesitaba saber.

—Para obtener cobijas, comida, ropa, medicina, y mercancía. —Antes de que pudiera preguntar por el tipo de mercancía, Alejo agregó— Con mercancía me refiero a drogas. Ese humo que oliste al entrar, es droga. Y no, no es legal. Pero no estamos pidiendo permiso para

venderla. Si tienes más preguntas tendrás que recordarlás para que las responda cuando despierte. Ahora tengo sueño.

Volvió a enseñarme la pistola debajo de la almohada y cerró los ojos.

Pude dormir el resto del... día. De alguna manera, mis sueños fueron tranquilos.

—¡Levántate! —Me despierto de golpe cuando Mechas me zangolotea para que despierte—. Ven. —Apenas me levanto del colchón cuando Mechas vuelve a tomar mi brazo y me arrastra hacia afuera. La calle está oscura. De nuevo no hay luces, ni coches, ni faros, nada más que Mechas, otros tres y yo.

—Toro, vas al sur. Pardo al oeste, y Chico al este, nos vemos "allá". Tú vienes conmigo. —Todos se separan. Nos alejamos de "aquí" y nos dirigimos a no sé dónde. Me tropiezo varias veces por no poder ver nada y por el tamaño de las botas, que hacen mis movimientos torpes.

—Tú no hablas a no ser que te lo diga, y ya sabes lo que no debes hacer. ¿Claro? Antes de buscar tengo que ir a hacer algo. Me acompañas a cambiar el material por mercancía y luego buscamos.

Tropiezo con algo y caigo en la superficie dura y raspada de banqueta. Me raspo la rodilla.

—¡Estúpida! ¿No puedes caminar bien? Te lo dije, si me estorbas te mato.

El resto del camino se va haciendo menos difícil cada tramo, conforme me voy acostumbrando a la oscuridad y al ritmo de Mechas. Cambiamos el material por mercancía (casi todo por drogas) y nos encontramos con los otros tres "allá". Los otros saben qué hacer, así que se dispersan y nos dejan a Mechas y a mí solos.

—Busca cualquiera de tus cosas raras y mételas en esta bolsa, llegando allá nos dices para qué sirven igual que con las otras cosas. —Mechas me empuja hacia un montón de basura.— ¡Ah! Y no me interesa si ves una rata o una cucaracha del tamaño de tu cabeza, no quiero que grites ni que molestes, te las arreglas sola. Vengo

por ti luego. No intentes nada. ¿Claro? –Ni siquiera me da tiempo de responder. Da media vuelta y desaparece.

¿Cómo suponen que voy a encontrar algo a ciegas? Me acuclillo y empiezo a buscar con mis manos formas conocidas. Sería inútil tratar de describir la clase de cosas que toqué. Sustancias viscosas, cosas con textura gelatinosa, cosas con púas, toda clase de basura que nunca me hubiera imaginado que existía. Pero obedecí a Mechas, aun a sabiendas de que él estaba lejos y no podría alcanzarme, obedecí, no me atreví a moverme del montón de basura que me había sido asignado. No quería moverme de ahí. No sabía qué clase de cosas podía haber más adelante. En lo que a mí concernía estaba más segura ahí donde Mechas me había dicho que pasaría a recogerme que perdida en medio de las tinieblas.

Encontré un iPod, varias lijas, un cúter, cables, tres USB, más CD rayados, un estéreo portátil, otros audífonos y un sacapuntas.

No estaba tan mal si no pensaba en la mordedura de rata que tenía en mi mano, si no recordaba aquella sustancia viscosa y fría que había tocado. Si no lo pensaba en serio era excelente.

—¿Y bien? –Doy un salto al escuchar la voz de Mechas.— ¿Algo útil o valioso? –Le entrego la bolsa, él la sacude y me da un par de palmadas en el hombro.— Aprendes bien.

Esa fue mi primera ida a la zona de recolección, pero definitivamente no fue la última. Después de esa vez, todos los días iba junto con Mechas, el Pardo, Toro y Chico ahí para recoger más cosas. Pasado un tiempo Mechas y Kame empezaron a darme más importancia en el grupo, me volví una de ellos, sentí miedo al reconocerlo...

—Toma –dijo Mechas entregándome una pistola.

Me negué a aceptarla, él colocó la pistola en mi mano, acomodó mis dedos y me hizo tirar del gatillo. Entonces fue cuando maté por primera vez. Quisiera decir que sentí algo, remordimiento, lástima, rabia...

pero me fue completamente indiferente el observar cómo Chico perdía el color de sus ojos, cómo la sangre fluía de su pecho, cómo se le escapaba la vida de entre sus dedos y no podía sujetarla. Sólo sentí miedo de no sentir nada, pero no podía elegir, igual que aquel día, cuando Kame me hizo la pregunta. Era su vida o la mía, Mechas no dudaría en matarme, y además no me estaba preguntando si quería o no dispararle a alguien. Nunca podría entender cómo en esas series podían poner que existieran personas que disfrutaran matando a uno de su especie. No creo que jamás pueda disfrutarse hacer algo así.

—Ven, tengo unos para ti. —Al principio no entendí muy bien esa frase, pero supe inmediatamente lo que debía hacer cuando los tuve en frente. No dudé en dispararles, y nuevamente no sentí el remordimiento que sabía debería haber sentido, tampoco lo disfruté, no podía sentir nada, no quería sentir nada, ahora gracias a Mechas y contra mi voluntad había adquirido el poder de decidir quién moría y quién vivía. No me gustaba para nada ese “poder”, era lo mismo que los tipos que en mi vida de antes veía día tras día salir en las noticias, personas sin valor alguno, sin moral y, al pensarlo me justificaba... sin elección...

Para no volverme loca me engañaba a diario pensando que daría todo en ese momento con tal de no salir de ahí, de ese mundo oscuro lleno de drogas, muerte, sangre, pistolas y dinero “fácil”. Y como queriendo aprender algo de las cosas que antes me enseñaban en la escuela repetía que ahora era una de ellos, que ya no conocía otra vida. Y en todo caso estaba atrapada y no podía aspirar a más...

Pero entonces una voz lejana, una voz que no conocía, o más bien que conocía perfectamente pero no podía reconocer fácilmente, me despertó.

—¡Kath! Despierta, ya va a empezar la serie. —Abrí los ojos y contemplé la luz del día. Abrí las persianas para poder ver el cielo. Sentí como si me quitara un peso enorme de encima, volteé en todas direcciones

buscando algún indicio de mi vida anterior. Pero me di cuenta de que nada de eso existía, todo había sido una pesadilla. No había matado a nadie, ni Mechas ni Kame existían, no tenía un arma, no sabía nada de drogas y esas cosas malas...

Corrí con mis padres y me solté a llorar entre sus brazos. Ellos me dijeron que todo iba a estar bien, que ellos me cuidarían, que nada había sido real y los monstruos no podían hacerme daño. Fue grande el alivio que sentí en mi cuerpo, en mi conciencia y en mis sentimientos.

Ese día, al irme a dormir en mi cama cómoda y limpia volví a pensar en todo lo que soñé, sonriendo de saber que sí tengo opciones en mi vida y no estoy atrapada, y supe que podía decidir que nada de eso pasara. No quería que México se sumiera en tinieblas y todo fuera muerte y drogas. Iba a hacer algo, sería parte del cambio. ¿Cómo? Como realmente lo venía haciendo, estudiando con esmero para llegar a ser alguien en la vida, cumpliendo con mis responsabilidades diarias, tomando mis propias decisiones sin afectarme a mí ni a nadie de los que me rodean, las decisiones correctas que me llevarán a donde yo quiera y que no tengan nada que ver con adentrarme en eso malo que veía todos los días en las noticias. Resolviendo los problemas de una manera pacífica, hablando y llegando, si no a un común acuerdo, sí a un punto intermedio donde el hecho de ganar sea mutuo. No dejando que otras personas tomen decisiones por mí, aprendiendo a exigir que se cumplan mis derechos, que tenga el respeto que merezco y que nunca nadie trate de obligarme a hacer algo que no quiera hacer. Decidí reforzar aún más mi propósito de siempre hacer las cosas bien, esforzarme y lograr un cambio, no en un día ni en una semana, pero sí en unos años veré los resultados de mis acciones y me sentiré orgullosa de ello, porque entonces sé que veré alrededor mío un mejor país que el que ahora veo y en donde no habrá "monstruos" que pretendan hacerme daño, ni a mí ni a nadie de los que quiero.

La isla olvidada

Juan Carlos Amaya Martínez

Segunda categoría, segundo lugar



Esta historia es de una pequeña niña llamada Fern que, con un poco de riesgos y ayuda de sus seres queridos, logró un pequeño cambio en una isla olvidada por los principios y los valores.

Los Brílegan vivían en México justo en el centro del Distrito Federal. Su familia se componía de sus padres, su hermano y su niñera (la niñera había trabajado ya mucho tiempo con aquella familia, y se le consideraba parte de ella). Su madre se llamaba Jennifer, ella era una gran empresaria y, por lo tanto, tenía tanto trabajo fuera y dentro del país. Su padre se llamaba Carlos, era dueño de una línea de bolígrafos diseñados por él, y como exportaba a varios países de América tenía que hacer tantos trámites en su despacho que mejor se quedaba en un hotel cerca de su trabajo. Su hermano se llamaba Santiago, era agradable tal como ella, él mantenía muy buenas calificaciones en el colegio, su mayor afición era leer, los dragones y los fénix, tenía un estante lleno de aquellas criaturas, y su sueño era conocer algún dragón o algún fénix. Y por último, su niñera, su nombre era Helen Justricia, pero por educación los niños le decían señorita Justricia, ella se encargaba de los niños mientras sus padres se encontraban fuera que, por cierto, era muy seguido. La señorita Justricia se encargaba también de la casa, se podía decir que era el ama de llaves, pero a los niños, aunque ya la conocían desde hacía mucho tiempo, no les gustaba mucho quedarse tanto tiempo con ella por lo estricta que era.

Una tarde, después del colegio, Fern les pidió a sus padres que le hicieran un pequeño jardín en su departamento, ya que a Fern le encantaba la naturaleza, y por supuesto, cuidarla.

—¡Papá, papá! —Fern llegó azotando la puerta y corriendo, y detrás de ella llegó Santiago, su hermano.

Su padre estaba recostado en la sala de estar junto a su esposa, y en cuanto escuchó la puerta, rápidamente se enderezó dando un brinco muy asustado.

—Hija, ¡qué pasa!, Dios mío, por favor nunca vuelvas a hacer eso... —Su padre se había asustado mucho, tanto que con la mano derecha se apretaba el pecho tratando de tranquilizar su respiración muy rápida—. Bueno, ¡ya!... ¿qué pasa? —Retomó su aliento y escuchó a Fern con interés.

Fern junto con su mamá empezaron a reír ahogadamente, aunque se notaba demasiado, porque su padre se vio muy gracioso al hacer aquellos gestos.

—Bueno, papi, cuando venía de regreso para acá, pasamos por un mercado de plantas, y vi muchas plantas de colores y todas eran muy lindas, pero no tanto como mamá, claro... —Rió sonrojada su madre y Fern le sonrió—. Y pues, pensé... —Fern tomo un poco de aliento para seguir hablando—: ¿te gustaría hacerme un pequeño jardín aquí en casa?

Su padre apenas pudo entender lo que dijo, ya que lo había dicho muy rápido y un poco bajo, y le contestó:

—Mmm... no lo sé hija, aquí no podemos tener plantas, además ya tenemos... —señaló a un pequeño árbol seco que estaba en una esquina y mejor siguió hablando—: bueno, ese no cuenta, je je je —rió un poco frustrado—. Mira, lo pensaré y luego te digo, ¿te parece?

A Fern se le borró un poco la sonrisa de la boca y de inmediato dijo su padre:

—Está bien, ya lo pensé. ¡Sí! —su padre vio a Fern y le dijo abrazándola—: Prométeme que cuidarás del pequeño jardín, lo construiremos en la terraza. ¿Te parece?

A Fern le encantaba aquella idea, pero su padre volvió a hablar:

—Pero... será hasta que estés de vacaciones... ¡Ah! Y tu hermano también te ayudará, eh.

Santiago asomó un poco la cabeza al escuchar eso y dijo:

—¿Qué?, pero si el jardín es de ella, yo... ¿por qué?... ¿ayudarla?

—Sí, Santiago, le ayudará, bueno si es que lo necesita, claro.

—Mmm... comprendo. Está bien... —Santiago sonrió despreocupado mostrando sus dientes blancos.

Santiago y Fern fueron directo al comedor donde les esperaba un pequeño refrigerio hecho por la señorita Justricia. Fern no contenía la emoción que sentía al saber que, por fin, tendría un jardín como ella lo había soñado.

Cuando ya habían llegado las vacaciones, los niños tuvieron que despedirse de sus padres, ya que los dos se tenían que ir a largos periodos de trabajo.

—Pero, ¿por qué se van ahora?, justo cuando empiezan las vacaciones —replicó Fern con los brazos cruzados y con la nariz arrugada, como si quisiera enojarse mucho.

—Es que... bueno, este periodo, Fern, es muy bueno para el trabajo —le contestó su padre con tristeza, pero también con satisfacción (por tener trabajo, claro)—, pero te juro que en cuanto el trabajo termine, llegaré lo antes posible, porque ya mandé a un trabajador para acá, a que haga tu pequeño jardín, por cierto, también se lo digo a usted, señorita Justricia, para que lo reciba, por favor —el señor, al dirigirse a la señorita Justricia, se mostró amable y estricto, como si embotellara todos sus sentimientos mientras hablaba con ella.

—Claro, señor, yo lo atenderé —le respondió la señorita Justricia en cuanto escuchó aquellas palabras firmes y estrictas—. No se preocupe, yo lo tendré bien vigilado, por si se le ofrece algo, o bien por si... usted sabe —la señorita Justricia se quería referir a que se encargaría de que en su casa no faltara nada.

—Bueno, gracias señorita Justricia, yo me mantendré al pendiente de ello —respondió el padre de los chicos con una voz más suave y más relajada.

—Nos retiramos, hijos —habló la madre de los niños con un tono muy dulce—, nos veremos en cuanto el trabajo nos permita. —Les sonrió y ahora se volvió a la señorita Justricia—: Señorita Justricia, cuide mucho a nuestros hijos, no queremos que les pase nada en nuestra ausencia. —De repente se escuchó una bocina de auto—

¡Oh! Es el taxi, amor –ahora se dirigía a su esposo–, será mejor irnos.

—Claro, claro –respondió el padre de los chicos un poco sobresaltado–. Bueno, los quiero, hijos... –Y justo cuando estaba a punto de irse, recordó algo– ¡Ah!, Fern, por cierto, la señorita Justricia te llevará a ti y a Santiago a comprar flores para tu jardín, pero será más adelante, te llevará al mejor lugar, o sea Xochimilco, allí encontrarás todas las plantas que quieras, pero será como en tres días o menos, depende de lo que se tarde tu jardín, ¿okey? Adiós, hija –se despidió de nuevo.

En cuanto salió, Fern le preguntó a la señorita Justricia que a dónde, esta vez, irían. La señorita Justricia le respondió que a Yucatán. La señorita le explicó que ese era uno de los más bonitos, según ella, estados de México, también le contó sobre los demás estados. Fern se sintió muy bien en cuanto la señorita Justricia le dijo que, por falta de flores y bosques en México, su naturaleza estaba cayendo, ella sabía que estaba haciendo algo muy noble por México al tener un pequeño jardín en su departamento.

Un día, antes de que su jardín fuera acabado, Fern se interesó mucho en los libros, ya que veía a su hermano leyendo.

—Santi –le habló Fern a su hermano–, oye, no sé si tú me puedas ayudar, pero es que quiero leer un libro.

—Claro que te puedo ayudar, dime de qué te gustaría leer –le contestó Santiago con mucho gusto, ya que Fern nunca se había interesado en un libro.

—Pues... –pensó durante un momento– me gustaría leer sobre flores, así veré qué flores me convienen para mi jardín, y además, me encantan las flores.

—Me parece perfecto, vamos con la señorita Justricia, hay que decirle que iremos a la biblioteca.

Los chicos salieron directo a la biblioteca, Santiago se veía satisfecho, yo creo que era porque le encantó la idea de que a su hermana le interesaran los libros. En el camino se encontraron con varios puestos de flores y

Fern se enamoraba de cada flor que veía y pensaba: “Esa compraré, también esa. Qué linda está esa, pero mira esa...”. Pero en uno de los puestos, donde se encontraban las mejores flores, Fern vio una que le encantó, era un tulipán de color extravagante, se veía rosa pero también morado y con toques de plateado. Fern se acercó al puesto a preguntar sobre aquella flor tan linda.

—Hola, cariño –le habló una voz, que al parecer salía de lo más atrás del puesto–. Te gusta mi tulipán beta, ¿verdad?

Fern al principio no sabía de dónde venía aquella voz, así que sólo miró hacia enfrente y dijo:

—¿Hola? –respondió con voz asustada.

De repente de la nada a su lado apareció una ancianita, de muy buen aspecto, pero para la primera impresión de Fern, le asustó mucho.

—Hijita, te gusta mi tulipán beta, eh.

—Mmm, si se refiere a esa planta –Fern señaló a la flor que le gustó–, entonces sí, me encanta.

—Ya veo, ¿tienes jardín? –le preguntó la ancianita con mirada curiosa.

—No, pero muy pronto lo tendré, lo están construyendo en mi casa –contestó Fern con una amplia sonrisa.

—Creo que con eso basta. –La ancianita le sonrió, se agachó, tomó con una mano aquel tulipán y se lo puso en las manos a Fern– Toma, esto te pertenece, Fern.

—¿Cómo dice?, pero... pero... ¿cómo conoce... –Fern se mostraba confundida pero alegre, aunque sí le asustó un poco el que la viejecita supiera su nombre– mi nombre?

—Yo te conozco muy bien, eres muy traviesa y sobre todo eres muy inteligente, creo que serás la indicada... si aceptas esto –Fern luego luego asintió con la cabeza– tendrás muchos caminos, y sólo tú sabrás cuál es el indicado, recuerda que no siempre lo mejor es lo que te da más... tus decisiones serán, en un futuro, lo que guiará muchas vidas que se encuentran en este tulipán.

Fern no entendió al principio, pero después de un rato de pensar un poco entendió a lo que se refería. Santiago estuvo a su lado siempre y, sinceramente, no le dio muy buena espina la ancianita, pero si le regalaba su primera flor, pensó que no era mala.

Después de que a Fern le hubieran regalado aquel “tulipán beta”, fueron a la biblioteca; Fern buscó información sobre su nueva flor, tanto en los libros como en Internet, pero no encontró nada.

Ni siquiera Santiago supo en qué secciones buscar, si en flora y fauna o jardinería.

Los chicos regresaron a casa; en cuanto Fern llegó puso su planta en el centro del comedor, se la mostró a la señorita Justricia que por supuesto se quedó igual de hipnotizada, como Fern y Santiago. Fern se sentó enfrente de la planta y la miró durante unos cuantos minutos, luego se paró, fue a la cocina, tomó un vaso, lo llenó con agua y se la dio a su planta. Pero al instante en que la regaba, se vio cómo en el centro de la flor se empezaba a quedar el agua, no se resbalaba por los lados ni entre los pétalos. Lo más impactante que vio Fern fue que por unos instantes creyó ver a un pequeño pez beta en medio de la flor. Fue tan impactante para Fern que sólo pudo sonreír.

Afortunadamente, su jardín no tardó mucho en ser construido, y por supuesto la señorita la llevó en seguida a Xochimilco, a comprar todas las plantas que pudieron. De regreso, ya llevaba muchas flores, plantas, helechos y árboles frutales. En cuanto llegaron a casa, la señorita Justricia y Santiago ayudaron a Fern a instalar todas sus plantas en su pequeño jardín; cuando ya hubieron terminado, Fern suspiró y sólo sonrió, al ver por fin su trabajo terminado.

—Muchas gracias a los dos, sin ustedes no habría logrado esto —les agradeció Fern a Santi y la señorita.

—No te preocupes, hermanita, por ti no sabes lo que haría —Santiago contestó, y Fern le sonrió y lo abrazó.

—Y a usted también le toca un abrazo —se refería a la señorita Justricia.

La señorita Justricia sonrió y aceptó el abrazo y en cuanto se desprendieron dijo:

—Mejor voy a la cocina a preparar la cena, creo que después de todo este trabajo nos merecemos una buena recompensa...

Ya era de noche y Fern y Santiago se quedaron viendo el maravilloso panorama de la Ciudad de México, ya que en donde se había hecho el jardín había una vista hermosa hacia el Ángel de la Independencia, se veía todo iluminado.

Santiago bajó la mirada y vio a sus pies una maceta que contenía la planta de Fern, el tulipán que la anciana le había regalado, vio que su color extravagante lo había perdido y a cambio tenía un color grisáceo muerto y se agachó a verlo de más cerca.

—Fern, ¿qué le pasó a tu pobre plantita? —le habló Santiago a Fern aún mirando la casi muerta planta.

—No lo sé —contestó Fern con decepción—, yo traté, en serio, de todo, y nada funcionó. De repente una mañana la vi así —Fern levantó la flor y la abrazó con mucho cuidado, pues ya se veía muy delicada.

—Pues, tal vez, por eso te la dio la viejecita, porque ya estaba a punto de morir —dijo Santiago.

—No —contestó Fern—, no lo creo porque me dijo algo de decisiones.

—¿Tú? ¿Decisiones? ¿En serio? No lo creo —dijo Santiago entre risas sarcásticas.

—¿Por qué no? —contestó una voz que se encontraba, al parecer, detrás de ellos. Era la señorita Justricia—, Fern tiene muchas ideas, según yo, geniales. Si por algún motivo tuviera que gobernar alguna nación, siento que sería la mejor.

—No estoy de acuerdo en que Fern tome decisiones aún —dijo Santiago.

—Pero sí tiene derecho de opinar, tal vez no de decidir cosas tan grandes, pero sí de opinar. —La señorita

Justicia empezaba a molestarse, ya que no le parecía muy bien que Santiago no tomara en serio los derechos de Fern.

Bueno, después de debatir los diferentes puntos de vista de los tres, todos llegaron a un acuerdo: “que cada quien podrá opinar y tomar decisiones acordes a su edad, pero nadie podrá callar a nadie, a menos que sea por una buena razón o causa”.

Más tarde Fern y Santiago volvieron a hablar sobre el tulipán.

—Qué lástima que se haya muerto, era tan linda —dijo Santiago.

Y quiso acariciar uno de los pétalos pero en cuanto tuvo el más mínimo contacto con la flor, se desprendió el pétalo, cayendo delicadamente sobre el piso, pero en cuanto tocó el concreto del piso del jardín de Fern, todas sus plantas empezaron a crecer de manera notable, parecía que el pétalo había desatado una larga alfombra de pasto y tierra, todo su entorno cambió de un balcón de departamento a un clima tropical, se veían palmeras, árboles frutales, y obviamente Santiago y Fern se asustaron mucho, tanto que, incluso, no hacían ningún tipo de movimiento, sólo veían cómo cambiaba su entorno.

—¿Qué está pasando, Santiago? —Fern abrazó con toda su fuerza el brazo derecho de su hermano, y por nada del mundo lo soltaría.

—No lo sé, Fern, pero no me sueltes —dijo Santiago.

—Créeme que no lo haré, eh —contestó Fern.

Después de superar su miedo a un cambio drástico y momentáneo de clima y lugar, se decidieron a explorar, pero, cuando empezaron a caminar, Fern soltó su planta y la dejó caer, y en cuanto cayó la planta empezó a moverse; sus raíces buscaron la tierra y se aferraron a ella y empezó a germinar de nuevo.

Después de estar vagando con mucho miedo en aquel lugar, encontraron un árbol cuya altura era extraordinariamente sorprendente, parecía un castillo hecho de raíces y ramas. Decidieron entrar en él, pero al

parecer estaba custodiado por unos enormes perros sin pelo, eran xoloitzcuintles (los reconoció Santiago, porque en algún momento leyó un libro sobre ellos), daban la impresión de que, si te metías con ellos, alguien salía herido, y no precisamente me refiero a los perros.

Los chicos estaban detrás de unos arbustos mirando aquellos perros, pero, sin darse cuenta, detrás de ellos empezó a ladrar uno. Todos los perros empezaron a aullar, a correr en dirección a los chicos.

—Santiago... —habló Fern, con mucho miedo.

—No te muevas, Fern, ¿escuchaste? —dijo Santiago.

Los perros empezaron a aullar aún más fuerte y enfrente de los chicos. Su aullido fue tan fuerte que los chicos tuvieron que taparse las orejas con mucha fuerza. De repente se vio a lo lejos una sombra que corría frustrada, al parecer era una persona con un vestido muy largo hecho de pétalos.

—¡Cállense! —La sombra aún no se distinguía bien, pero era evidente de que de ella había salido aquel grito—. ¿Qué significa esto?

La sombra se convirtió en una imagen más nítida. Era cierto, era una persona, se veía como una princesa, pero en vez de estar aseada y bien vestida, su vestimenta era algo sucia, no llevaba zapatos, pero aun así su aspecto era muy agradable.

—Pero... ¿quiénes son ustedes? —la bella dama se refería a los chicos—, ¿de dónde son?

—¿H... ola? —respondió Santiago con una voz muy nerviosa—, nosotros... no sabemos de dónde venimos, de repente nos encontramos aquí, ¿lo siento?, pero yo soy Santiago y ella es Fern —señaló a su hermana que estaba todavía muy bien agarrada del brazo de Santiago.

—Mmm... ya veo —respondió la bella dama con una voz muy dulce—, está bien, yo soy Yetzani, la encargada de esta isla y del palacio. —En cuanto dijo "isla" extendió los brazos y se dio una vuelta completa.

—¿Isla? —preguntó Santiago muy confundido—, ¿o sea que estamos en medio de una isla?



—Sí, mi pequeño —respondió Yetzani.

Fern y Santiago intercambiaron varias miradas confundidas, no sabían qué hacer, si llorar o resignarse a su ya dicho destino.

La noche empezaba a enfriarse cada vez más, y se preguntaban el porqué. También se preguntaban por qué de un lado se veía muy helado y de repente del otro muy seco y sin vida; después de estar caminando mucho tiempo con la dueña de la isla se decidieron a preguntarle todas sus dudas.

—Disculpe...—no sabía cómo dirigirse Santiago a la dueña de la isla.

—¿Damisela? ¿Doncella? ¿Yetza? —contestó Yetzani con una cara muy apreciable.

—Oh... Damisela Yetzani, ¿me puede explicar por qué de un lado de... la isla es muy fría, y del otro hace mucho calor, como si pareciera que cerca hubiera un incendio?

—Lo notaron. —La damisela bajó la mirada y con un su rostro entristecido les explicó la situación—: Bueno... les contaré, no sé por qué, pero siento que vamos a ser muy buenos amigos. Okey —suspiró—, hace algo de tiempo, cuando las cosas se veían peores, había dos gobernantes en la isla, dos hermanos, uno se llamaba... —miró a los chicos muy sorprendida y confundida y siguió su relato— Santiago y la otra Fern. —Los chicos intercambiaron de nuevo miradas aún más confundidas que la última vez— Creo que fue una enorme y extraña coincidencia, ¿no lo creen? —Los chicos asintieron con la cabeza—. Pero sigo, los hermanos eran muy unidos pero por lo mismo tenían enormes diferencias, la hermana quería que la isla estuviera al cuidado de los fénix, y el hermano, de los dragones; la hermana quería que la isla estuviera en secreto, y el hermano la quería al descubierto. Pero ninguno pudo llegar a un acuerdo y lo peor es que los dos eran, bueno, son inmortales, así que por eso está así el ambiente; de día, no se puede soportar el calor y de noche no se puede con el frío.

—Como en los desiertos... —interrumpió Santiago.

—Exacto —contestó la damisela—. Hasta la fecha ninguno de los dos ha estado de acuerdo en algo. Sólo en una cosa, en que a mí me eligieron, entre todos los que habitamos aquí, como la encargada del palacio de sus padres, el Palacio Yetza. Lamentablemente este lugar está muy mal, los habitantes hacen lo que quieren porque aquí no existen las normas ni los principios, y por lo tanto los valores valen un comino. A cada hijo se le dio una criatura mitológica, al hermano se le dio el dragón y a la hermana el fénix, y por ello está así este lugar; la hermana manda al fénix a quemar los bosques; y el hermano manda a congelar los valles.

—Pero, ¿en dónde están esas personas? ¿En dónde está la ética...?, ¿...y la moral? —protestó Santiago.

—Aquí nadie ha podido poner orden, ni siquiera yo —contestó la doncella muy decepcionada de ella misma.

—Qué mal —dijo Santiago—. Será mejor que nos vayamos, Fern.

—¡No! —gritó Fern.

—¿Qué? —se sorprendió mucho Santiago, ya que su hermana desde que había llegado, había deseado regresar—, ¿no ves que estas personas necesitan nuestra ayuda? Sé que desde que llegamos he querido regresar, pero, ¿por qué crees que la ancianita me dio el tulipán?, creo que fue por esto. Yetzani, ¿en dónde podemos encontrar a los dueños de la isla?

Yetzani les explicó el camino para cada dueño. El fénix iba a estar del lado donde más calor hacía y donde la naturaleza se quemaba; de igual manera, el dragón iba a estar del lado donde el frío es el más insostenible, y donde la nieve cae a velocidad sorprendente.

Los chicos tomaron los caminos, Yetzani encargó a uno de sus guardianes del palacio que los acompañara, fueron juntos por cada hermano. Pasaron miles de situaciones extravagantes, y en lo que hacían su recorrido, Fern dictaba leyes y normas para cada problema que surgía en el camino, mientras que Santiago las es-

cribía. En el camino se encontraban casos severos de: injusticia, desigualdad entre los habitantes, violencia; pero Fern puso en práctica los valores que sus padres le había enseñado.

El caso más relevante fue el de la batalla entre el dragón y el fénix. Hubo un punto donde los chicos se encontraron a las criaturas en media batalla, Santiago se quedó tan paralizado como Fern, veían cómo se peleaban a muerte. Fern corrió y se puso en medio de la pelea, Santiago le gritó que no fuera, pero no hizo caso, así que Santiago tuvo que ir tras ella, Fern extendió los brazos y en ese mismo instante las dos bestias se detuvieron, bajaron del vuelo y, por un momento, Fern creyó que las bestias se la iban a devorar, tuvo tanto miedo que no movió ni los ojos, y pensar que eso fue lo que la salvó, las criaturas se quedaron viendo a Fern, estaba segura de que la iban a devorar, pero en ese momento, los ojos de Fern brillaron mostrando en cada pupila un pez de los mismos colores del tulipán, era el mismo pez que Fern había creído ver al echarle por primera vez agua a su flor. Las criaturas por un momento no se movieron, después subieron a Fern al lomo del dragón, y los llevaron a cada reino de cada hermano.

Cuando los hermanos estuvieron reunidos, todos hablaron de los ojos de Fern, de cómo fueron a brillar y a reflejar ese pez. Los hermanos, dueños de la isla, descubrieron las anotaciones de Santiago y preguntaron qué era eso, los chicos explicaron todo lo que vieron en el camino, y cómo estaban peleando sus criaturas, los hermanos reconocieron que estos últimos milenios no habían sido los mejores de la isla, los chicos al escuchar eso se sorprendieron demasiado. Las anotaciones de Santiago dictadas por Fern fueron reconocidas por los dueños de la isla y decidieron ponerlas en práctica y así, frente al Palacio Yetza, dieron una buena impresión, por primera vez, en la isla.

Los hermanos dieron un gran discurso sobre las normas que Fern puso en la isla y que plasmó en aquel

libro. El libro fue nombrado *Santifé beta*, en honor a Santiago y Fern, quienes vinieron a poner orden a esta isla.

Los chicos estaban ya listos para irse, no tenían ni la más mínima noción de cuánto tiempo habían estado en la isla. Yetzani los ayudó para irse.

—Chicos, psis –les susurraba a los chicos la doncella Yetzani– ... oigan...

—Fern, mira a la doncella, ¿crees que nos está hablando a nosotros? –preguntaba Santiago a Fern.

—Creo que sí, será mejor que vayamos –Fern contestó.

Santiago y Fern fueron a hurtadillas con la doncella Yetzani, quien les dijo cómo regresar a casa.

—Chicos, vengan –dijo Yetzani.

Estaban en medio del discurso que daban los dueños de la isla.

— ¿Qué pasa? –dijo Fern.

—Creo que ya se querían ir, si no mal recuerdo.

—Sí –contestó Fern muy emocionada.

—Pues, escuchen, recuerdan que para llegar aquí tuvieron que tener un transportador, y si no me equivoco, el que tienen es el tulipán beta –dijo Yetzani con un hilo de voz.

—Sí –de nuevo contestó Fern–, pero... la perdí cuando empezamos a caminar por la isla.

—No se preocupen, los llevaré a donde empezaron.

Yetzani ahora llevaba un vestido hecho de plumas e iba dejando por todo el camino una que otra. Yetzani los llevó hasta donde empezaron, como ella lo había dicho. Cuando llegaron vieron una gran flor, era el tulipán beta, lo había dejado Fern ahí y había crecido de nuevo, pero esta vez era muy alta y más bonita. Fern se asomó para ver en su interior, y tan grande fue la sorpresa de Fern al ver el pez beta que había visto desde hace tiempo, pero esta vez era mucho más grande. Yetzani les dijo que tenían que entrar ahí para regresar a donde estaban, pero antes de eso, Fern y Santiago se despidieron

de ella y del xoloitzcuintle que los había acompañado en su trayecto, Fern le dijo a la doncella que nunca olvidaría esa isla tan extraña y mágica y por fin se zambulleron los dos en el agua y Fern cerró los ojos.

Cuando abrió los ojos Fern vio que estaba de nuevo en su pequeño jardín, pero ya estaba como antes, parecía que a las plantas no les habían echado agua desde hace mucho tiempo, pero en cuanto Fern dejó en el suelo su tulipán, las plantas tomaron de nuevo vida y se llenaron de color, justo como Fern las había dejado.

Al final Fern y Santiago comprendieron que la democracia era la base de toda sociedad, para que pudiera funcionar con armonía y paz.

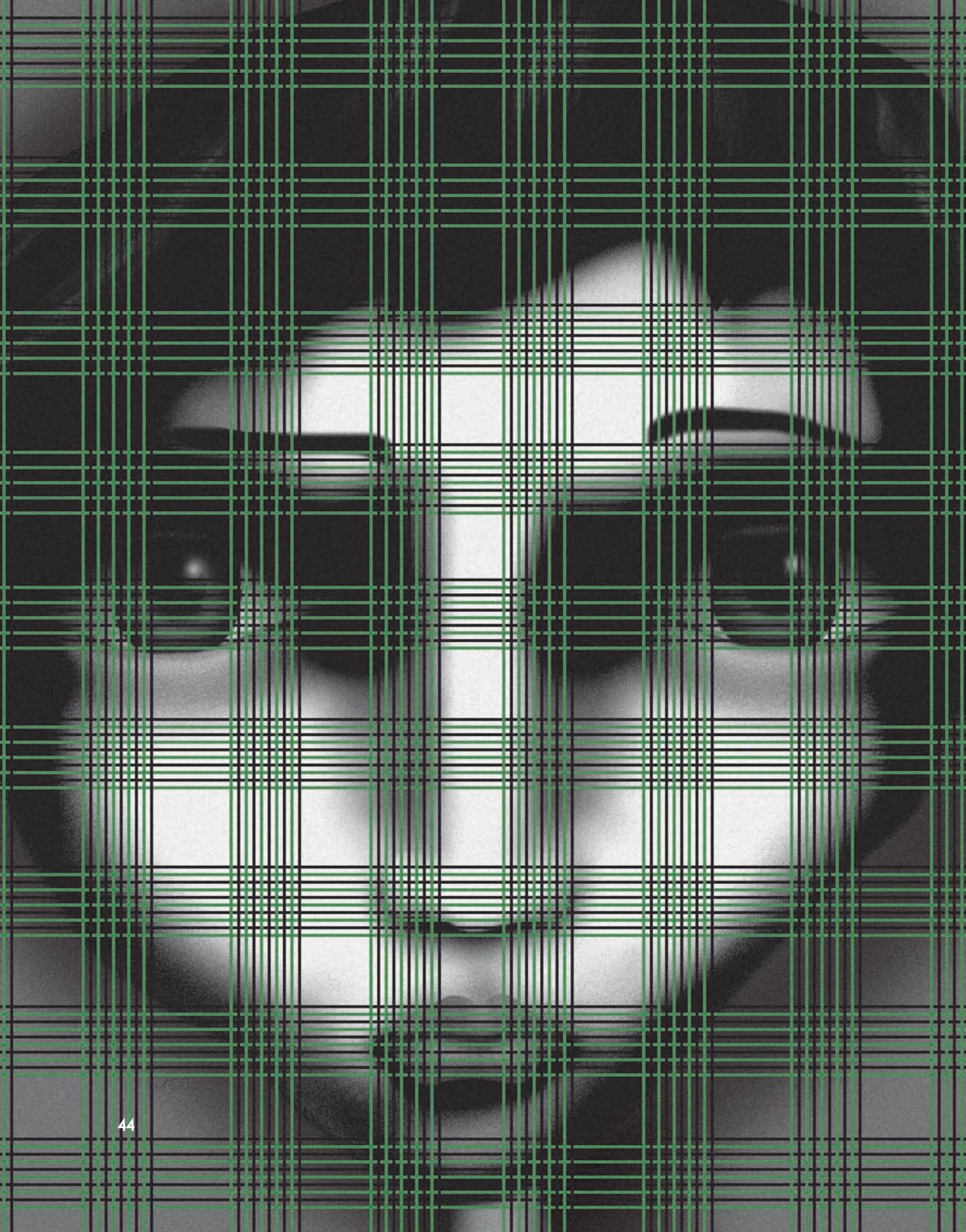
Fern envejeció pero su tulipán no, hasta que un día la planta murió, la nieta de Fern, llamada Yetzani, en honor a la doncella de aquella isla, se dio cuenta de que en cuanto el último pétalo de la planta cayó, Fern había muerto. Santiago aún estaba con vida, y sintió cómo su corazón se partía en dos, no sabía por qué. En la isla, los habitantes se percataron también del incidente que había pasado, ya que en el interior del tulipán, por donde Fern había regresado a su casa y por donde había llegado a la isla, ya no había un pez del color de siempre, ahora había otro de color amarillo, verde y dorado. Sabían que Fern nunca iba a dejar su pequeña isla sola, Fern había dejado un heredero, por si se presentaban más problemas en la isla. Su hija, Luna, ahora tenía ese gran cargo, pero sabía que su mamá había dejado en paz la isla y que estaba segura de que nunca más se presentaría otro problema.

Pero un día, la flor murió totalmente, en su interior ya no estaba aquel pez, la isla había sido atacada y a su ayuda acudió Luna, el Palacio Yetza había sido invadido, el fénix y el dragón habían sido capturados, Yetzani y los hermanos no soportaron más, la isla cayó y sabían que sólo una persona podía salvarlos, pero... esa es otra historia...

UN PASO EN MI VIDA

Zaira Adriana González Valdez

Segunda categoría, tercer lugar





Recuerdo bien mi primer día de clases en la secundaria. Mi mamá me dejó enfrente de la escuela y con una rápida despedida arrancó y se fue, siempre con prisa y queriendo llegar pronto a su trabajo. Caminé hacia la puerta de la entrada, agarrando el asa de mi mochila, que me había colgado del hombro. Había un grupito de niñas como de tercer grado que platicaban animadamente mientras entraban, pero cuando pasé junto a ellas se callaron y me miraron con cierto desdén. Yo seguí caminando y un prefecto me indicó hacia dónde teníamos que ir los de primer curso. Llegué al patio donde se habían concentrado todos los alumnos, los nuevos platicaban presentándose los unos a los otros haciendo un intento por conocer nuevos amigos y llevarse bien, pero yo sólo observaba. Iba tan distraída caminando que unos chicos aprovecharon y me pusieron el pie, hice maniobras en el aire y caí al suelo, todos los que me habían visto comenzaron a reírse, nadie me ayudó a levantarme, cuando lo hice, mi uniforme se había ensuciado, llegué a la formación y me paré hasta atrás de una fila de niñas que murmuraron algo entre ellas, me vieron y se rieron.

Se realizó la ceremonia, nos designaron nuestros grupos y subimos a los salones, yo iba hasta atrás de la fila, al entrar vi que ya habían escogido los mejores lugares para sentarse, sólo había en un rincón del salón en la parte de atrás una banca con la pintura desgastada. Para llegar ahí pasé entre las filas, casi nadie se percató de mi presencia, más que un grupo de niñas que estaban del otro lado del salón. Me miraron feo y se dijeron algo entre ellas.

Ese fue mi primer día de clases.

Lo peor empezó el lunes de la siguiente semana. Cuando tocaron el timbre para salir al descanso todos corrieron y unos chicos me empujaron contra unas bancas de las que se cayeron una lapicera de metal, que se abolló y las cosas salieron rodando por el piso, y un

libro de texto que nos acababan de entregar, del que se doblaron algunas hojas.

Estaba alzando las cosas, pero en eso llegaron las niñas que me habían mirado feo cuando había entrado al salón, dueñas de lo que se había caído. Se pararon enfrente de mí, esperaron a que terminara de alzar sus cosas. Cuando me levanté para darle su lapicera, la niña llamada Graciela me la arrebató. Había otras dos junto a ella, la que estaba a su izquierda, Rubí, me sujetó jalándome del suéter y me lanzó un golpe hacia el estómago, sacando el aire e inclinándome hacia el frente tratando de aguantarme el dolor. Me amenazaron diciéndome que no las acusara porque si no me harían lo mismo que acababan de hacer, y se alejaron riéndose.

Me quedé sentada en el salón llorando. Sonó el timbre, oí el escándalo de los niños que iban subiendo, rápidamente me sequé las lágrimas y me senté en mi lugar. Mis compañeros fueron entrando, Graciela, Rubí y su otra amiga, Estela, me miraron amenazadoramente y se sentaron en sus respectivos lugares. La clase siguió como siempre, pero yo no puse atención pensando en lo que me habían hecho. En la salida, afuera de la escuela, las tres junto con otras niñas de tercero se me acercaron sólo para intimidarme, pero se alejaron corriendo. Yo caminé apresurada para llegar pronto a mi casa. Llegué, no había nadie, no estaba mi mamá, que era con la que vivía. Mis papás se habían divorciado y no tenía ni hermanos ni hermanas. Por las tardes me quedaba sola, mi mamá trabajaba todo el día. No tenía mucha comunicación con ella, casi no platicábamos, así que no le dije lo que me había pasado. Aparte tenía mucho miedo de lo que me harían si dijera algo.

Me senté en mi cama y pensé en los sucesos de ese día, razoné las cosas: qué tonta había sido, yo las había provocado, me merecía el castigo, era normal lo que me habían hecho, eso pasaba siempre, les pasaba a muchos, no nada más a mí, yo las provoqué, y me hice la idea de que era así, de que era normal.

Pero en realidad nada de eso era normal. Con mínimos detalles se enfadaban conmigo y eran golpes y humillaciones constantes, no tanto físicamente sino verbalmente, y después ya no eran sólo ellas tres, se les unían algunos compañeros más del salón, para ser cómplices de ellas y no víctimas. Les daba mi dinero o hacía sus trabajos con tal de que no me hicieran nada.

Entonces dejé de hacer lo que hacía en clases, dejé de participar, no contestaba en clase, no hablaba, procuraba no moverme mucho, me aislé, no quería que me vieran, temía que cualquier cosa que hiciera, mala o buena,



la tomaran como pretexto para hacerme algo. Ya no quería ir a la escuela, dejé los clubs y talleres extras que daban en la escuela fuera del horario de clases, bajé mis calificaciones y mi mamá me regañaba constantemente a causa de eso.

Y los maestros no hacían nada, al contrario, si contestaba algo mal me regañaban diciéndome que no ponía atención, me regañaban diciéndome que era una irresponsable, que nunca participaba. Regaños que me deprimían aún más.

Los profesores nunca hicieron algo para cambiar la actitud negativa de mis compañeros hacia mí, pensaban que era un juego de alumnos.

Así transcurrió todo mi ciclo escolar, pasé el año a duras penas. Llegaron las vacaciones de verano y ya no volví a la escuela. Me vi en el espejo y me sentí humillada, destrozada, caí en una fuerte depresión. Tuvieron que internarme en una clínica por todo el daño físico y psicológico que había sufrido. La verdad no tenía el valor suficiente para contarle a mi mamá todo lo que me hacían en la escuela. No le dije a tiempo y por eso terminé así.

Tampoco tuve el valor de denunciar, hasta que un día iba caminando por la calle con mi mamá, que me llevaba a la terapia, cuando ví a un niño que caminaba muy tranquilo, pero en eso llegó un grupo de chicos que le quitaron su dinero y lo golpearon. Fue cuando me di cuenta de que nada de lo que me había pasado estaba bien, me vi reflejada en la cara de ese niño, en el papel de víctima. Y entonces me decidí a denunciar.

Estoy saliendo adelante con mis terapias. Regresé a los estudios, pero en una nueva escuela donde no hay violencia.

Eso me pasó a mí, pero a ti, ¿qué te pasa?

El espejo puede reflejar una parte de tu verdad, y la vida de los demás puede reflejar una parte de tu vida.

La ciudad del horizonte

Alberto Bautista Avendaño

Tercera categoría, PRIMER lugar



JCCG

Érase una vez una ciudad perdida en el horizonte, donde los cielos eran del azul más indeleble y el agua interminable ocultaba tras de sí al sol anaranjado de los diarios crepúsculos. Una ciudad que se dibujaba en las postales con casas de coral y de arena, con caminos de arrecifes; una ciudad donde los niños, después de clases, montaban caballitos de mar con crines de aire, jugaban con peces de oxígeno y vivían aventuras en medio de selvas líquidas e invisibles, sonreían ajenos a cualquier desgracia; las madres amorosas leían ligeras, mecidas en sillas de sal, como un plácido vaivén de olas; los padres gentiles preparaban la cena de algas y una música suave e imperceptible en el aire de la tarde hacía sonreír a todos como iguales. La gente era amable y toda pelea resultaba innecesaria. Incluso si se buscaban problemas, era imposible encontrarlos...”

Por supuesto, resulta difícil imaginar una historia tan feliz y sencilla como la de la mencionada ciudad que se esconde en un lugar tan inalcanzable, como lo es el horizonte, y donde todo parece ser perfecto, sin problemas, ni maldad, ni nada más que felicidad e interminables y cálidas tardes con el aroma del mar en las narices de sus sonrientes habitantes; resulta difícil puesto que, como están las cosas en estos días, una ciudad de éstas entraría solamente en la categoría de las utópicas, y si tiene un lugar, lo tendría seguramente en un sueño, o en un cuento dentro de la cabeza de un niño, como lo es la piedra angular de esta historia: un niño con tantos años como dedos en sus manos, que sueña con un cuento que habla de una ciudad en el horizonte y despierta siempre sin saber el final, con la desazón que el frío de las mañanas cambia el azul por el gris y el agua por el cemento.

La piedra angular de la que hablamos esta vez es, como se sabe, un niño, cuyo nombre guardado en los archiveros del Registro Civil corresponde al de Silvio, como el que nació en la selva mitológica. La diferencia

más importante, o quizás la única, entre Silvio y nuestro Silvio es que nuestro Silvio nació en una selva, sí, pero de edificios enormes que limitan la observación del cielo desde el suelo; no nació, a diferencia de Silvio, rodeado del verde y etéreo espacio ahora y siempre inexistente, porque historia siempre ha sido. Nuestro Silvio no conoce el mar, pero sabe que es un gigante azul que se recorta a lo lejos en una línea recta, horizontal, que separa a la tierra del cielo; lo sabe porque lo ha visto aparecer en su sueño y desaparecer al despertar. El cuento de Silvio, el real, no ha sido como el de los niños que montan caballitos de mar.

Como cualquiera esperaría, lo que procedería en esta parte de la historia del pequeño salvaje sería hablar de él mismo, decir qué es lo que posee y lo que lo ocupa; pues bien, aparte de su nombre y de las telas que le cubren la piel morena, Silvio posee una guitarra, enorme para sus pequeños dedos, de cuerdas viejas que no conocieron afinación nunca, heredada de un abuelo ignorado, a punto de desvencijarse y sucia, como él. Toca invisible en un crucero de la enorme ciudad que lo devora, con lo poco que aprendió de pisadas y de acordes trata de obtener las monedas equivalentes a una comida fría que un restaurante que termina con los menús del día regala, o mejor dicho, vende, para no alimentar cucarachas en el lugar, a las personas que no pueden pagar ni hacer uso de cubiertos y manteles por su falta y por su suerte, como lo son la falta y la suerte de Silvio, quien se ha convertido en artista, no por la fama y la crítica que acepta y transmite en radio y televisión, sino por la necesidad que perfora su estómago y seca su garganta en las tardes en que, lejos, la gente sonríe y come algas a la orilla de la mar.

Un lector lo suficientemente sensible seguramente se preguntará por los padres de la criatura inerte que ocupa a este cuento. Silvio tiene tan poca idea de quién es su progenitor como su madre, que es una madre ausente, tanto de la pequeña habitación que compar-

te con su vástago como de la vida del mismo. Silvio, después de comer, despacito para engañar al hambre, llega a un breve espacio rodeado de paredes débiles y un techo permeable que descansa sobre ellas, que, si no es una casa, es algo muy parecido, y duerme en la deficiente cama y comienza su sueño inconcluso, su respiración se tranquiliza, sus dedos descansan como la guitarra que se recarga en la pared, agotada, y su rostro se suaviza como la espuma de la mar que choca con sus pies descalzos y lo comunica con el horizonte que guarda al sol de nuevo, comienza a escuchar las notas felices que hacen a la gente sonreír, y él sonríe también, hasta que en las notas se mezclan unos pasos ominosos: es su madre que llega, tarde como siempre, con un hombre distinto al de la noche anterior que, como todos los que le antecedieron, dice que es su padre. Las olas del mar desaparecen y el horizonte se desvanece cuando su madre destruye la dulce atmósfera del crepúsculo con un golpe de su aliento alcohólico, y con una sonrisa maternal que miente lo obliga a seguir durmiendo afuera “porque tu padre se va a enojar si no te sales, amor, vamos, no tardo”, y Silvio siente frío cuando su madre le cierra la puerta en la nariz, cuando es forzado a pernoctar a la intemperie incómoda del pavimento duro, llenando su sueño de espinas y de piedras frías que se encajan en su corazón chiquito y negro como el humo del amor del que es víctima. A la mañana siguiente, Silvio entra a la recámara y mira todo como siempre: las paredes sin pintura, la ropa apilada en la silla de plástico y los bártulos de belleza de la mujer en el mismo mueble del espejo donde se refleja dormida y desnuda bajo las cobijas al lado del hombre que salió de la noche; pero Silvio no se queda a mirar, sólo pasa por su guitarra porque ya tiene hambre.

Hasta aquí, por lo que vemos, la pequeña vida del corto Silvio ha sido una rutina llena de odios y silencios que guarda sin saber leer ni escribir. Es raro verlo sonreír y muy común verlo con moretones en la piel que las

deficientes telas no le cubren, que gana por despertar a su papá en turno al pasar por su guitarra o por no querer despertar cuando su madre le dice con alcohol en el aliento que salga. Silvio sólo se limita a madurar antes de tiempo; su sed y su hambre, tan grandes como la ciudad, le hacen rezar las mismas palabras de siempre a un efímero interlocutor: “¿Me da una moneda? Sí, una moneda” que, usualmente, le niega de formas sutiles o, ultrajado, le manda lejos con otro golpe y otras palabras que se anudan en su garganta. Pero las historias cambian y, sin que Silvio lo sepa, la suya no es la excepción.

El fatídico día resultó ser un día de las madres, un 10 de mayo. Sin que se acordara de que se le festejaba por el hecho de haber concebido a un estorbo en la vía del transeúnte, su madre riendo monta la motocicleta del nuevo ocupante del otro lado de la cama, que también ríe con una amargura fermentada en su garganta. Son las ocho y diez y van directo a casa porque la noche se viene encima. Aceleran. Frenan para esquivar. Aceleran una vez más. Chocan. Mueren bajo el alumbrado público. Se ven las caras con la muerte a ochenta y cinco kilómetros por hora. Según el informe oficial, “los ocupantes de la motocicleta roja no usaban las protecciones indicadas por el reglamento de tránsito, se dirigían hacia el norponiente de la ciudad por la vía rápida. El informe toxicológico demuestra que los occisos tenían presencia de alcohol y de otras sustancias enervantes en la sangre al momento del siniestro. Se trata de un varón de aproximadamente cuarenta años y de una mujer que se acercaba a los treinta. Identificados con los nombres de...”.

Esa noche, sin regalos, Silvio llega a casa y se recuesta con los párpados que caen pesados sobre sus ojos, comienza una vez más con su sueño inacabado: sueña que ve el mar y las olas mojan sus tobillos, sus pies desnudos se hunden en la arena como su vista en el horizonte que recorta al sol por la mitad en una atmósfera roja –ya son las ocho y diez– y la ciudad del horizonte

se divisa a lo lejos, tragada por el sol que morirá en poco tiempo, la música se hace notar y aún no existe nada ominoso en el sueño, sonrío sin abrir los ojos, se entrega dormido a las aguas cálidas del atardecer, se sumerge despacio. Y luego la oscuridad, de súbito, y el agua entrando en sus pulmones, no puede respirar, se agita, patalea, pero todo intento resulta infructuoso, Silvio no sabe nadar y grita, ahora se está ahogando y sigue sumergiéndose como si alguien, desde lo profundo, le jalara los pies.

Silvio despierta mojado y descubre que no es mar lo que lo moja, sino sudor; ha despertado porque el hambre se ha acentuado. Pero hay algo raro en esto, el sol entra ligero por la ventana de la puerta, reflexiona y descubre que ha permanecido toda la noche en la cama, desde hace mucho tiempo que no... Alguien toca la puerta. Una voz detrás grita el nombre de su madre, insiste, toca más fuerte y Silvio se calla, agarra su guitarra y se acurruca en una esquina, la voz es grave y masculina y los golpes, de una mano fuerte; Silvio tiene miedo de aquellos golpes que maltratan la puerta y se esconde debajo de una silla, los golpes cesan. Pero de repente la puerta es derrumbada por un hombre que se dibuja borroso en el umbral, parece un hombre alto, fornido y furioso vestido de traje. Entra sin ver a Silvio y destroza el mueble del espejo y su contenido, voltea la cama y al agacharse para revisar si existe alguien entre las cobijas descubre al pequeño y sonrío malévolo, interrumpe su tarea y saca al aterrizado Silvio de su escondite, lo carga y le grita “¿Dónde está tu madre? ¡La tonta tiene mi dinero! ¡Deja de cubrir sus estupideces y dime a dónde se fue!”. Silvio no responde y desde donde está mira sus pies que cuelgan. El hombre, ante el silencio del niño, lo pone contra la pared en un arrebato violento y saca de su saco un cuchillo y coloca el filo en su cuello, Silvio siente el frío metálico que puede matarlo y el sujeto pregunta de nuevo “¿Dónde está? ¡Habla, mocoso!” y después suaviza su voz “Estoy seguro de que disfrutaré mucho cuando entierre mi cuchillo en tu garganta, pequeña cucaracha” y Silvio cierra los ojos y abre la boca sólo para decir “No lo sé” y aprieta los puños y aguanta la respiración porque siente que el metal ya se hunde en la carne de su cuello. Pero lo que siente al final es el suelo porque lo ha dejado caer, abre los ojos y mira que el hombre ha notado su guitarra y la ha tomado. Se sienta y empieza a tocar, torpe, una canción que reza “Yo sé bien que estoy afuera, pero el día en que yo me muera...”. Silvio siente entonces algo frío junto a su mano, es el cuchillo que el hombre había dejado caer junto a él –“...vas a tener que llorar, llorar y llorar”– y lo toma despacio; el hombre interrumpe el verso con una carcajada y luego lo mira fijamente: “Tú eres



2009

su hijo, ¿verdad?” y luego murmura algo que sonó a un insulto, siguió mirándolo fijamente: “Idéntico a la maldita”. A continuación, deja la guitarra y, sin que nadie lo espere, lanza todo su cuerpo hacia el niño que retrocede con el puñal en la mano “¡Si no puedo matarla a ella, te mataré a ti, infeliz!”. Silvio cierra los ojos y levanta el cuchillo, sin otra esperanza más que la de morir en el intento... Silencio. Nadie se mueve. La mole de carne del hombre del saco descansa, inmóvil, sobre Silvio que aún sostiene la punta. Ya no respira y un hilo de sangre que ensucia al pequeño brota por su enorme cuello. El hombre ha muerto y Silvio se ha quedado sin aire, con un atisbo de alivio.

El episodio ha sido espantoso, pero a Silvio no le quedan lágrimas que llorar. El hambre desapareció y un impulso de huir llena sus brazos de fuerza para soltar el puñal y salirse del enorme hombre que había quedado sobre él. Sale y corre sin mirar atrás. Silvio decide que no volverá a ese lugar nunca. Renuncia, resignado, a su guitarra y a la seguridad de una cama seca y blanda para encontrarse esa noche con el suelo frío y duro que la ciudad nocturna ofrece a los desamparados que escapan porque han matado a un hombre desconocido en su defensa, sin querer.

Silvio ahora no tiene a dónde ir, camina por toda la ciudad pidiendo dinero a quien se le atraviese, camina causando lástima a quienes ignoran el porqué de las manchas de su ropa y de lo hondo que se encuentran sus ojos en el rostro. El niño en su pequeñez tiene muchas cosas que decir, palabras que se han anidado en su garganta, y son tantas que su rutina ha hecho de ellas un nudo. Cada golpe, cada rechazo, cada mirada de desdén lo agrandan, lo llenan de palabras que calla en su entraña. Calla lo que no es necesario para atravesar la larga y fría noche callejera, calla los golpes de su padre temporal, calla al policía que dice “Quítate, escuincla, que estorbas” y calla el aliento alcohólico que lo obliga a pernoctar afuera, calla al hombre que lo quiso matar.

Su endurecido corazón interrumpe el cuento de siempre que se pierde en el horizonte de su sueño irresuelto, lo limita a las duermevelas y a las pesadillas. Silvio calla porque tiene miedo del monstruo gris que lo devora, monstruo de esmog, de asfalto que asfixia, de sol, de autos, de velocidad, de ruido, de olvido...

Camina itinerante, como un circo de anhelante misericordia que vaga por el lugar ofreciendo su espectáculo lastimero, por las calles, avenidas y callejones de la urbe de todos los días. Un día es visto aquí pidiendo una moneda, al otro es visto allá cambiándola por un bocado. Silvio, el callado, nunca ha discutido con nadie, no ha hablado, como sabemos, más que para lo realmente necesario.

Pero hubo, una única vez, una gota que derramó su vaso de paciencia y sumisión, la gota que llenó sus ojos de lágrimas escondidas y las derramó como las palabras que llenaban su garganta. Se trata de una querella, de las rutinarias, irrelevante para muchos, una escaramuza de palabras que se olvidan; discusión poco notable en cuanto al contenido de los argumentos, pero trascendental en cuanto a lo que después significaría para el minúsculo Silvio. He aquí los hechos:

El siempre efervescente centro de la ciudad, lleno de incesante actividad, que es bañado por todos lados por el ineludible sol de un domingo, resulta el escenario del hecho señalado, la escenografía se compone de los edificios coloniales y de todas las personas ajenas al evento. Una cafetería con mesas al aire libre, entre las cuales los clientes y los meseros se pasean ocupados en lo suyo. Una mesa es ocupada por una pareja –resultaría irrelevante mencionar si dicha pareja es de casados o de simples arrejuntados– que se deleita con una fría limonada y con una conversación que parece magnífica, pues ambos ríen y participan animosamente en la charla. Silvio, después de pasar por otros clientes del mismo negocio, se acerca a la mencionada mesa y repite lo que ha repetido durante todo el día “¿Me regala una

moneda?” y, a diferencia de lo que normalmente recibe como respuesta, el hombre lo mira y comienza a reír, irónico, luego mira a su pareja y dice “Ja, ¿ya oíste?, el niño quiere una moneda que yo gano con el sudor de mi frente, y míralo, aquí está con todo su descaro parado enfrente, esperando a que le dé algo que por derecho me pertenece. ¡Que se bañe y que se cambie la ropa que ya apesta! ¡Que primero le pida dinero a su madre! –en ese momento el hombre modificó su rostro en una mueca de visible repugnancia– y que luego busque un trabajo y gane sus propias monedas para que nos deje de molestar. Es por la gente floja como él que nuestro país está como está” y dejó de verlo para continuar con la plática interrumpida con su pareja, pero Silvio seguía ahí, como si no hubiera entendido lo que el otro le había dicho. Ante la supuesta insistencia del niño por una moneda, el otro reitera, de nuevo, irónico, dirigiéndose a su mujer “Al parecer este niño es tonto, no entiende español” y empieza a hacer señas como si quisiera darle a entender que no le daría nada, como si se dirigiese a un extranjero, pero Silvio permanece ahí, estoico, pensando no en la moneda, sino en responder o no lo que el otro le dice “¿Ves? No entiende nada, es un sucio y tonto niño de la calle que nadie quiere, ¡que se largue!”. Silvio recibe esas palabras como todas las demás, como un golpe en el estómago que le saca el aire y no lo deja hablar. Pero esta vez, ante la opción de irse de ese lugar, Silvio decide aguantar el golpe y responder, con una expresión rabiosa en el ceño fruncido, “Deja de decirme así, que no soy tonto, pido dinero porque no tengo nada que comer y no tengo trabajo porque nadie me lo da, tengo la misma ropa de siempre porque no tengo otra –en ese momento la furiosa voz de Silvio comienza a ser trémula–, la tengo desde que escapé de un hombre que me quería matar, no tengo madre porque la mujer que me hizo nunca tuvo hijos, nunca me cuidó porque yo estorbo, decía, y he tenido que tocar la guitarra para comer antes de perderla en el cuarto donde quedó...”.

Y su voz se hace llanto y sus manos cubren sus ojos que ya estaban húmedos de la sorpresa del arrebató y del coraje guardado. Cuando Silvio abre los ojos después de un tiempo de permanecer hincado, la pareja de la limonada ya no estaba ahí, seguramente se llenaron de vergüenza al ver la trágica vida de un infante que había tenido demasiado, piensa. Silvio se pone de pie y, sollozando, continúa su camino mientras reflexiona lo acontecido.

El suceso ha dejado a Silvio anonadado, incrédulo por la respuesta dada a aquel sarcástico escucha camina absorto en su reflexión. ¿Qué lo habrá impulsado a dar una respuesta tan inusual en alguien de su clase? ¿Por qué había experimentado esa satisfacción y esa sensación de entendimiento con el otro que, aunque retador, le explicó las razones que tenía para no darle lo que pedía? Silvio descubre entonces que le ha devuelto un golpe al monstruo urbano que lo ha devorado toda su vida, se siente liberado de algunas palabras anidadas y anudadas en su garganta, se siente ahora un paso más cerca del horizonte, quiere terminar de decir lo que tiene adentro, siente alivio y sonrío, por primera vez en mucho tiempo, despierto...

El deseo de abrir su boca para dejar escapar todas las palabras que guarda se ha convertido ahora en la causa de sus desvelos. Silvio ya no mantiene los ojos abiertos frente al cielo nocturno porque el suelo es duro o porque hace frío, sino porque siente esa flama en su pecho, que no le permite cerrar los ojos y que ha desplazado al hambre que roe su estómago. Ahora otro mundo está frente a él y lo rodea, una monstruosa ciudad retrocede atemorizada ante Silvio, el grande, que se incorpora una noche, decidido a derramar su contenido en el aire para que todos lo escuchen. Silvio, el callado, ha muerto, se ha hundido en la oscuridad sofocante del silencio. Nuestro Silvio ha decidido hacer lo que hizo Silvio, el de la selva etérea: hacer Historia, escribir con su voz una nueva página en los anales del tiempo. Y comienza a caminar.

El camino ha sido largo desde su guarida, y ahora Silvio ha llegado de nuevo a la ciudad y a su efervescencia, con pasos de árbol frondoso, pasos firmes y constantes, sin el atropello del indigente que es, la frente en alto y erguido por completo. Entre toda la rutina y la ruina de un domingo, Silvio divisa a lo lejos un mitin político: un hombre en una plaza –hablando frente a una multitud de gente que ondea pequeñas banderas de su partido, o con playeras del mismo color y que aplaude– habla de lo que haría si todos los que están frente a él dan su voto por él, por su partido y sus ideas. Atardece. Silvio se mezcla en la muchedumbre y salta la valla que separa al equipo de producción de la gente, pasa sin ser notado y encuentra las escaleras que conducen al escenario, Silvio tiene la oportunidad de su vida frente a él y no la va a... Pierde de vista la escalera porque alguien ha notado su incómoda presencia y lo ha tirado, se lo lleva cargando a otro lado, Silvio ve cómo su sueño pende frágil de un hilo de lágrimas, mira impotente las escaleras que se alejan y grita, pelea como un pez que se niega a abandonar el agua, y como pez logra resbalar de los brazos del hombre que lo había agarrado y corre hacia las escaleras, hacia su sueño, el pez regresa al agua. Sube presto los peldaños sin mirar atrás, después ya está arriba, siente su corazón que palpita inflamado y las palabras se amontonan en su boca. Silvio observa al gentío que sigue absorto en su ruido y que apenas comienza a notar su presencia en el escenario, y, antes de soltar una palabra, el hombre que lo había capturado lo captura de nuevo, frente a todos. Silvio comienza a gritar de nuevo, desesperado, con la fuerza que sus pulmones habían guardado, y la turba comienza a callarse poco a poco, todos comienzan a notar su presencia y el hombre lo suelta, Silvio se incorpora y se queda mirando a todos, que callan por completo, sin decir palabra. Ahora entiende que ha obtenido su atención. Ahora está ahí, parado en el lugar indicado con la ropa de siempre, sucio y pequeño... Y alguien del públi-

co rompe el silencio de la sorpresa gritando “Parece que quiere decir algo, denle un micrófono” y otros se unen a la petición poco a poco hasta que el gentío se entusiasma de nuevo. Silvio ahora tiene un micrófono pesado entre sus pequeñas manos y la plaza se hunde en el silencio, lo lleva lentamente hacia su boca y libera, lentamente, sus palabras como si fueran palomas que vuelan ávidas después de la prisión.

Mientras habla, Silvio ve el horizonte que contiene el crepúsculo, siente la arena en sus pies y la brisa en su cara, sonríe. Silvio entonces se siente tolerado, por primera vez no siente el peso del estorbo en su cuerpo, habla y no deja de hacerlo.

Silvio ahora está en donde se encuentra el horizonte anaranjado, está en el final del viaje que da pie a otro más largo. Quizás después se conozca a Silvio por lo que dice, quizás aprenda a tocar la guitarra y cante las canciones que la gente necesita. Pero por ahora, Silvio se limita a degustar con inmenso placer el final de su sueño hasta ahora inconcluso, que ha dejado de ser un sueño para convertirse en una ciudad palpable, en una ciudad real donde todos, hasta él mismo, tienen la oportunidad de escuchar y ser escuchados, donde no existe niño que no juegue con caballitos de mar ni mujer que no se meza como las olas del océano. Ha encontrado la ciudad del sueño que ha dejado de ser un sueño para convertirse, aunque sea sólo un poco, en la ciudad del horizonte.



La ciudad de los pies descalzos

Carlos Ángel Zárate Flores

Tercera categoría, segundo lugar

I

Diego: el nombre de los instruidos. Siempre caminaba como apresurado, pensando que lo veían y pretendiendo que no quería que fuera así. Sus grandes lentes de pasta –que parecían más grandes que su cara– cubrían una mirada hipócrita; engañosamente humilde. Su cabello perfectamente peinado con gomina –uno difícilmente se imaginaría que aún existe la gomina– y su piel avejentadamente joven. Pero esa mirada...

II

Domingo 2 de abril del 2034

“Aquí era valle antes. Era mucho más que esto. Esto era la gran Tenochtitlán: ‘La Ciudad de los pies descalzos’. El lugar que H. escogió para nosotros. Todo este montón de escombros que ves, antes formaba parte del lago de Texcoco. Y ahora todo se redujo a esto.” Apenas si podía entender lo que decía la voz a mis espaldas, la comunicación se ha hecho difícil desde que todos tenemos que usar máscaras que entrecortan el aire que emite la voz. Di media vuelta y lo que vi fue un cuerpo viejo, distinto al mío, pero con la misma máscara que nos hace ahora iguales a todos. A los pocos que quedamos. Lo encontré en mi visita sin sentido al origen. Pasé largas horas hablando con él. Su nombre es Lázaro L. El señor Lázaro dice haber trabajado en El Bordo desde la época del “Rey de la Basura”. Su mirada está llena de la melancolía de quien desea sentir tristeza ante el desastre en algo que, incluso en otras condiciones, siempre ha sido digno de un sentimiento así.

Lunes 3 de abril

Un domo gigante nos cubre y reposa sobre lo árido de las tierras circundantes. Nos limita y nos aísla. Somos ahora como un grupo de virulentos o leprosos. “Los cul-

pables de su propia desgracia”, dicen ignorantemente los que no están aquí. Lo más triste es que aún hay gente que cree que debemos agradecer a los diplomáticos el hecho de que sólo nos encerraran y no nos exterminaran de una vez. “Nuestro brillante Diego Funes logró que al menos no nos volaran dentro de este pinche domo, como había decidido ya la OMSDB (Organización Mundial para la Solución a los Desastres Biológicos)”, se escucha entre los ingenuos. Yo sí conozco el motivo y apuesto a que muchos de los que murieron también lo hacían. Sindicatos igual a masas, igual a poder electoral, igual a... Empiezo a cansarme de tanto domo y tanta negligencia.

Martes 4 de abril

Cualquier lector de ciencia ficción se imaginaría un holograma –o en su defecto una pantalla gigante colgando al centro del domo– con la cara del tan famoso Funes dándonos cortos avisos de lo que está decidiéndose, pero no. La señal de televisión sigue y por ahí nos informan. El anuncio de hoy fue corto e irónicamente desesperanzador: “No hay de qué preocuparse. Todo estará bien”. Como un gesto de excelsa amabilidad, al menos ya no nos cobran la luz.

Miércoles 5 de abril

El ambiente parece tener un color amarillento. El domo abarca la totalidad del Distrito Federal, Tlaxcala, Puebla, Morelos, Estado de México y una parte del sur de Hidalgo.

Jueves 6 de abril

Para mí todo empezó el domingo 12 de marzo. Eran las tres de la tarde. Yo estaba frente al computador, terminando mi columna del día siguiente. El televisor encendido transmitiendo las noticias... y entonces una extraña sensación que me hizo presentir lo que confirmaría más tarde: *el desastre era inminente*.

La noticia corría lenta, los brazos de la falta de determinación de nuestros dirigentes la abrazaban arrastrándose con ella para evitar que llegara a los receptores. Hasta que ya era imposible ocultar lo que había pasado. El gran depósito de basura del Bordo Poniente (depósito que debía ser cerrado hacía ya más de 30 años) había presentado una serie de explosiones la noche anterior. Los noticieros decían que los pequeños incendios que se presentaban en distintas partes de las más de mil hectáreas de terreno estaban ya siendo controlados. Las sorpresas llegaron al día siguiente. Había reportes de que un ventarrón extraordinario avivó las llamas de los incendios hasta convertirlos en uno solo. Un colosal incendio que poco a poco convertía al basurero en un infierno terrenal. Amaneció el martes en la ciudad con la noticia de que había un “ligero riesgo de intoxicación” en las zonas aledañas a causa de los gases liberados por los cerca de 65 millones de toneladas de basura que estaban quemándose en el lugar. “Las autoridades recomiendan a los habitantes que se encuentran en los alrededores del lugar de los incendios usar cubrebocas y cerrar ventanas. Es importante quedarse en sus casas el mayor tiempo posible”, decía la voz de la conductora. Nunca hubo siquiera un intento de evacuación en esta ciudad. Al día siguiente las noticias ya incluían cifras con muertos por intoxicación. El incendio había alcanzado ya las zonas aledañas y una especie de niebla amarilla corría con el viento. Entonces llegaron el domo y las máscaras: el encierro y con ello las muertes. Las decisiones ya habían sido tomadas y no nos restaba más que aceptarlas.

Las cifras dicen que de los 11 158 080 habitantes que había en la ciudad quedan menos de la mitad. Los pobladores de los estados aledaños sí alcanzaron a ser evacuados y están en cuarentena, lo cual me hace dudar de las intenciones de nuestro encierro. Los gases flotan ahora por toda la ciudad, van con el viento que rebota en las paredes.



Viernes 7 de abril

Hoy entró un convoy de militares. Ellos y sus trajes especiales son los únicos capaces de salir por los cuatro túneles sellados que se encuentran en las orillas del domo. El gran domo que ahora es como un estado más. Su trabajo, básicamente, consiste en introducir alimentos y medicinas a él. Según lo que explicó hace un par de horas nuestro presidente, el proceso para salir y entrar de nuevo al domo será muy riguroso. Nunca he visto un túnel. Están ubicados en las orillas de los otros estados para minimizar aún más el riesgo de que alguien o algo ajeno a la milicia salga de aquí. Se ha colocado un centro de distribución en cada delegación. La gente ya no sale más que para alimentarse. El anuncio dijo también que los centros se abastecerán con lo necesario para una semana. Una semana.

III

¿Cómo sería el futuro? El maletín de cuero, que llevaba siempre a la mano, ahora sostenía su cabeza, y la sombra de un árbol lo cubría del sol. El aire envolvía todo con su calidez. Era demasiado fácil caer dormido ahí. Abrió los ojos y estaba recostado en el pasto con el sopor característico de un recién despierto. Pero algo había de distinto en él esa tarde. Se incorporó y caminó pensando en todo lo que había sucedido y lo que estaba por suceder.

Mi presente

Jesús Fernando Ramírez Barrios

Tercera categoría, tercer lugar



Noche calurosa, la ventana abierta y un viento suave que mueve casi imperceptiblemente la cortina. Acostado en mi cama, soy incapaz de conciliar el sueño.

Me incorporo y me asomo a la calle, un viento frío sopla repentinamente y hago lo posible para que se introduzca en mi habitación. Agradable viento de la madrugada.

Me dirijo al baño de mi piso para refrescarme con un poco de agua. ¡Vaya sorpresa!, cortaron el suministro de agua, de nuevo. Furioso, pateo la base del lavabo. Dolor, un grito y caigo al piso.

Me levanto con dificultad y cojeo hasta la puerta, la abro y en el pasillo me encuentro con una mujer de unos treinta años que había salido a ver qué había ocurrido.

“¿Estás bien?”, pregunta. Sorprendido por su amabilidad, me quedo momentáneamente sin habla, ya no es común encontrar gente así. “Gracias, estoy bien, fue sólo un golpe.” Ella asiente y regresa a su departamento.

En cuanto cierra su puerta, muerdo mi puño para ahogar un quejido, me quito el zapato y veo que mi pie sangra y que se hincha con rapidez; me parece que no podré caminar en unos días. Pienso en lavar la herida, pero recuerdo que no hay agua en el edificio, esta vez sólo aprieto mis puños; uno de ellos, el derecho, ahora también sangra, mordí con demasiada fuerza.

Trato de dormir evitando pensar en el dolor. Me enseñaron que todo es mental, no crees que haya dolor y de esa manera desaparece hasta que vuelvas a recordarlo. La verdad es que nunca dominé ese truco.

El sueño me dominó y ahora despierto un poco más descansado. Olvidando mi lesión estiro mis piernas pero las retraigo inmediatamente. Es un tormento, y peor, no tengo dinero suficiente para ver a un médico. La curaré por mis propios medios.

Pasan dos, tres, cuatro horas. Estoy en condiciones de ponerme de pie, debo salir a comprar alimentos, tengo hambre.

Abro la lata de sopa y vacío su contenido en el único plato limpio que me queda, hubiera preferido comerla directo de la lata, pero no hay forma de calentarla en un horno de microondas.

Mientras como, me viene a la mente un aviso que estaba clavado en el recibidor y al que sólo le dediqué una fugaz mirada, tenía el aspecto de ser algo oficial, y una vez más me palmeo la cabeza por haber tenido otro olvido que implicaría tener que ir a la planta baja.

Para ser sincero, yo no entiendo cómo pude haberme cortado el pie, si únicamente pateé la base con el empeine, con el zapato puesto. Reviso mi calzado y noto que la parte con que había golpeado se halla rajada en una línea limpia; eso debió de haberse hecho un día o dos antes de mi incidente, seguramente mientras caminaba en la calle, y yo no lo había sentido.

Una vez saciada mi hambre comienzo a limpiar mi habitación, cosa que no hago a menudo por cuestiones de tiempo.

Encuentro objetos que no sabía que aún conservaba, entre ellos, una botella de alcohol. Pienso que con él puedo desinfectar mi herida y antes de cambiar de idea, muerdo mi almohada y vierto un poco sobre mi pie. Arde menos de lo que yo esperaba.

Relajo mi cuerpo e intento ignorar el dolor. Funciona, pero también me estoy adormilando.

Abro mis ojos y veo una pared frente a mí, creo que caí de mi cama mientras dormía. Me pongo trabajosamente de pie, ya un poco más aliviado del dolor. Todavía estoy confundido, por la ventana entra la luz del sol, eso quiere decir que ya pasa de medio día. Recuerdo que había un anuncio en el recibidor y al no tener ninguna otra cosa por hacer, bajo una vez más. Ya puedo caminar mucho mejor.

Logro llegar sin más esfuerzo que el cotidiano al recibidor y leo. Un recordatorio de las próximas elecciones populares. Fue buena la supresión de los carteles y las mantas como parte de las campañas electorales, el paisaje es mucho más lindo, y la basura producida no se acumula en las calles.

Pienso seriamente si anular mi voto, no sería la primera vez. Ninguno de los postulados me convence, simplemente no me siento cómodo con sus promesas e ideas. Yo creo en las personas que idean, pero que no se quedan en la teoría, que las llevan a la práctica. No creo que alguno de ellos sea así.

Me siento en el primer escalón y comienzo a trazar en el suelo con un lápiz que siempre llevo en uno de mis bolsillos. Dibujo un pequeño pingüino en la loseta grisácea, y recuerdo pasajes de mi niñez y adolescencia, cuando vivía con mis padres, cuando el mundo estaba menos amolado, cuando podías bañarte regularmente...

Miro hacia el exterior y experimento un cansancio repentino, no había notado cuánto calor hacía. Doy un gran bostezo, me desperezo y me levanto para caminar un poco en la calle.

Andando por aquí y allá, llego a una casa, y frente al zaguán una señora coloca libros ordenadamente sobre una manta en el piso. Cada uno tiene una etiquetita con una cantidad en pesos. Una humilde venta de libros.

Apresuradamente reviso en los bolsillos de mi ropa buscando el vuelto de mis compras y cuando doy con él me acerco a revisar los títulos y precios. Siempre me gustaron mucho los libros, sobre todo los de ficción, y ahora no es común encontrarse con la palabra escrita. Se volvieron obsoletos.

Pregunto por el precio y la mujer me dice: "Deme lo que usted quiera, el precio en la etiqueta es sólo una sugerencia. Estas cosas ya no valen nada".

Me dan ganas de golpearla y de gritarle, para mí, sus palabras tuvieron el mismo impacto que el golpe de un látigo en mi rostro. Lo olvido y le pago su "precio sugerido", y me voy lo más veloz que mi pie me permite.

Estoy enojado, me irritan todavía esas palabras. ¿Cuándo un libro dejará de tener un valor? Ni siquiera pierde el valor sentimental. Oscurecido por mi ira no tuve oportunidad de revisar mi compra. Solamente tomé un ejemplar con la portada muy gastada, tanto que no se distinguían las letras del título.

Arribo a mi edificio y subo sin muchos problemas las escaleras. Abro la puerta y entro, sigue siendo temprano pues la luz que se cuele por mi ventana aún es clara. No teniendo algo pendiente por realizar, me siento en un pequeño sillón, me acomodo, tomo mi nuevo libro entre mis dedos y lo huelo. Es un aroma casi embriagador, el olor de un libro viejo. Creo que debió de estar unos veinte años en un librero sin ser tocado o limpiado del polvo.

Me maravillo al leerlo, mi elección apresurada pareció ser buena. Es una historia sobre un joven de diecisiete años que sufre una enfermedad mental, y cada que duerme, entra en un mundo en el que es feliz, entra en su



mundo. Él vive un poco triste en el mundo real, nadie lo comprende y es discriminado por su condición. No obstante, busca siempre una manera de hacer más feliz el mundo exterior aplicando lo que aprende en sueños con sabiduría y respeto para con los demás.

Finalmente, en uno de sus fantásticos sueños, es transportado para siempre a su mundo, viviendo feliz al fin.

Me quedo despierto hasta tarde leyendo, anocheció y yo no lo advertí. Tenía mucho tiempo sin leer una historia que me apasionara de esa forma.

Quiero averiguar el nombre de su autor y el título, pero no hallo información relacionada.

Quedo tan absorto que ni el pie me da molestia todo ese rato.

Dejo mi nuevo tesoro en una mesita y me voy a mi cama, ya en ella, el sueño llega con facilidad. Es placentero cuando uno duerme cansado, y que el cansancio haya sido producto de una actividad que uno disfrute.

Vuelvo a despertar, y a diferencia de ayer, hoy me siento optimista, me siento feliz. Reviso mi pie lesionado y me alegro al ver que en el profundo corte que tenía se está generando una costra; yo no esperaba una sanación tan rápida.

Animado, bajo y salgo a la calle. Es temprano y es inicio de semana laboral, así que se forma una fila de automóviles que parece interminable. Me pregunto qué caos se hubiera producido en la ciudad si cualquier persona tuviera el permiso oficial de adquirir un vehículo.

En la lejanía se comienza a escuchar el ruido de las bocinas que son tocadas salvajemente por los conductores, quizá creyendo que así el tránsito será más rápido. Yo siempre preferí caminar o usar el transporte público.

Tomo un autobús y bajo al llegar a mi destino. Caminando mucho mejor y con menos dolor, entro al edificio de oficinas en las que trabajo como repartidor, y me reporto como incapaz de laborar únicamente por ese día. Me

retiro de allí y decido caminar despacio, mientras admiro esa belleza del mundo que ya muy pocos ven.

Cuando me siento agotado, tomo un autobús para regresar a casa. Subo a mi piso y me dirijo al baño para revisar si ha llegado o no el suministro de agua.

Llega a mi memoria que el aviso de la entrada del edificio decía que las elecciones serían el día de hoy. Trato de tomar una decisión acertada y opto por no anular mi voto; pienso que es mejor arriesgarse y aceptar las consecuencias de cada acto que realizamos, y que uno no tiene derecho a quejarse de los problemas si no tuvo nada que ver en el asunto.

Me dirijo a la casilla electrónica que apostan en la esquina de la calle cada que hay elecciones, espero mi turno, poso mi pulgar en el lector digital de huellas y, al momento de elegir a un candidato entre cinco, me murmuro: "Un valiente toma la decisión, pero un noble se hace cargo de la responsabilidad". Elijo y finalizo, mientras camino me sonrío.

No sé de cuántas maneras un libro puede cambiar tu vida, tengo la idea de que aquel que me entusiasmó tanto pudo haber tenido un efecto positivo en mí. Me hizo volver a creer en el beneficio, en la sociedad de la tolerancia y el respeto, que uno jamás debe abandonar su mundo, ni tampoco aislarse en él, que debe de crear un equilibrio en su vida.

Vivo en una época deplorable, pero que conserva un poco de la belleza de tiempos mejores, que espera simplemente a ser redescubierta. Creo que el mundo actual me amargó, ahora tengo una nueva filosofía de mi vida: "De nada vale protestar, reclamar o reprochar si eres parte del problema pero no de la solución. Tú sé parte de esa solución, sé la respuesta esperada".

Eso ya es algo olvidado por muchos, solamente los más viejos recuerdan esto, haré lo posible por que reviva en la mente de las personas.

Cuentos de jóvenes para jóvenes se terminó de imprimir en Talleres Gráficos de México, Av. Canal del Norte 80, colonia Felipe Pescador, 06280, México, D. F., en diciembre de 2011. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Susana Garaiz Flores, analista correctora de estilo. El tiraje fue de 1 000 ejemplares impresos en papel bond de 90 gramos y forros en cartulina cuché mate de 210 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Frutiger y German Beauty.

Esta obra se difunde en formato pdf en la Biblioteca Electrónica del Instituto Electoral del Distrito Federal desde el 30 de mayo de 2012.



Instituto Electoral del Distrito Federal